

41
LOS DOS AYOS.

COMEDIA EN CINCO ACTOS

EN VERSO.

TRADUCIDA P. D. F. E. C.

** Félix Enciso Castrillón*

**REPRESENTADA EN EL TEATRO DE LA CALLE
DEL PRINCIPE.**



CON LICENCIA EN MADRID

**EN LA IMPRENTA DE DON BENITO GARCIA Y COMPAÑIA.
AÑO DE 1808.**

*Se hallará en la librería de la viuda de Quiroga y Sainz, calle de las Carre-
tas, número 9, con un completo surtido de comedias antiguas y modernas,
piezas en un acto, unipersonales, saynetes y entremeses.*

Ayuntamiento de Madrid

ACTORES.

Roberto, Ayo de.....

Juanito, niño de once años....

Arnaldo, Ayo de.....

Alexandro, niño de doce años,

hijo de.....

Teodora.....

Cárlos, Oficial de Marina, su

hermano.....

Lucrecia, criada de Teodora..

Gerardo, amigo de Arnaldo...

Tomasa, posadera.....

Un Escribano.....

Ministros.....

Un criado.....

} No hablan.

La escena es en París.

ACTO PRIMERO.

El Teatro figura una sala, con una chimenea francesa, una mesa, y en ella lo que dicen los versos. A otro lado un buró, y un reloj de sobremesa.

ESCENA PRIMERA.

Lucrecia sola.

Lucrec. Café con leche, biscochos, licores... está dispuesto el desayuno? no falta sino que venga Roberto, y creo no faltará. En llegando á cierto tiempo debe la muger pensar en casarse, y para ello tomar muy bien sus medidas. Con este hombre nada tengo que temer: Es un buen mozo, y aunque sepa como diestro disimular su carácter, yo sé que tiene buen genio. Pienso en casarse tan solo por gozar del himeneo, y no por economía. Es amigo con extremo de su bien estar: no hay cosa que mas me convenga, puesto que si el hombre solo piensa en sus conveniencias, luego manda en todo la muger. Quizás aquellos sugetos que la menor vagatela juzgan qual jueces severos: dirán que Roberto es un intrigante perverso, y no bien intencionado; pero distinguir debemos las acciones por el fin que las dirige. Roberto

pretende hacer su fortuna, y es justo que quiera hacerlo. Yo en su proyecto le ayudo, y conseguido, debemos casarnos... A la verdad, que casarse no teniendo las mayores conveniencias, no dexa de ser expuesto. Mas qué importa? Quántos otros se habrán casado lo mismo?

Da el reloj.

Las seis... Si viniese pronto, habia bastante tiempo para hablar, ántes que nadie despierte... pero ya creo que llega.

ESCENA II.

Dicha y Roberto.

Luc. Cerrad quedito *en voz baja.* la puerta... con mucho tiento, no metais ruido.

Rob. Muy bien.

Vine con todo silencio y en puntillas.

Luc. Bien hicisteis.

Vaya, pues, tomad asiento.

Rob. Hace un frio del demonio.

Luc. Pues bien: acercaos al fuego, y arrimaremos la mesa.

Rob. Ola, qué teneis dispuesto?

Luc. Un desayuno de amigos.

Rob. Pero os privasteis del sueño para disponerle? A bien que en vuestros ojos al ménos no se conoce la falta del descanso, pues los veo tan hermosos como siempre.

Luc. Teneis frio?

Rob. No: ya empiezo á entrar en calor. Sabeis que es cruel en este tiempo levantarse tan temprano? Ademá está tan lejos esta sala de mi quarto, y los callejones esos están frios como un páramo.

Luc. Os pesa de este pequeño mal rato? *se sientan á la mesa.*

Rob. Nunca el amor se queja. Lo que yo siento es, que sea en esta sala nuestra cita: para esto era mejor vuestro quarto.

Luc. De veras?

Rob. Como es pequeño, no está tan desabrigado, ni tanto tan expuesto á que alguno nos sorprehenda.

Luc. Eso tampoco lo temo en esta sala. Yo sé lo que me hago.

Rob. Lo creo; pero vuestro quarto tiene un no sé qué....

Luc. Nos debemos manejar con gran prudencia. Si os citase á mi aposento era imposible que alguno no os sintiese, en el supuesto que allí están todos los quartos de las familias.

Rob. Así es, cierto: veo que teneis razon.

Luc. Y Juanito?

Rob. Está durmiendo.

Luc. Y nadie os sintió venir?

Rob. Eso preguntais sabiendo que ayer marekaron sus padres á la quinta, y por lo mesmo debe toda la familia disfrutar ahora del sueño hasta mas tarde que nunca.

Luc. Pensando yo en eso mesmo os he citado.

Rob. Pues bien, no hablar en vano, y tratemos de nuestro asunto. Es preciso que todo quede dispuesto desde ahora.

Luc. Bien decis.

Separan la mesa y acercan las sillas.

Rob. Dos puntos tiene el proyecto, que hemos de desempeñar precisamente. El primero es echar de casa el Ayo de Alexandro, y en su puesto hacer que venga mi hermano. Luego que logremos esto, lo demas está corriente.

Con que ante todo tratemos de despedir este ayo.

Lucrec. Lo principal, en efecto, es eso.

Rob. Arnaldo es un hombre que con el severo aspecto de filósofo disfraza su mal humor, y su genio brutal. Madama Teodora no gusta de los sugesos de su clase, y por lo mismo mi hermano logrará luego su estimacion.

Luc. Pero es fuerza que le escribais que al momento se presente.

Rob. Ved la carta que le escribo, y me prometo que va bien puesta, y le instruye de todo.

Lucrec. Leed, que ya atiendo.

Rob. lee "Querido hermano: por mis anteriores habrás visto que la fortuna que te preparo es de las mas conside-

ables que se nos pueden presentar,
tanto para ti como para mí. Hasta sa-
ber si convenias con mis ideas, no qui-
ese explicarte el enigma."

Dice. Juzgo que os acordareis
de mis cartas, y cuán diestro
me explicaba en ellas?

Luc. Sí:

su estilo fué muy discreto,
y me agradó por lo mismo.

Rob. Me lisongea en extremo
vuestra aprobacion: Oid.

Lee. "Ahora es preciso pintarte todos
los por menores de esta familia, á fin
de que te presentes en ella, parecien-
do lo que deseamos que parezcas. Dos
familias habitan esta casa enteramen-
te separadas de quartos, de criados y
aun casi de corazon. Aunque la cabeza
de la una es hermano de la dueña de
la casa. Yo soy Ayo de un niño de on-
ce años, hijo único, y que pertenece á
una de las dos familias, de la qual no es
menester que te diga sino que marido y
muger son dos genios bonazos, que se
dexan gobernar como uno quiere. La
cabeza de la otra familia es una viuda
de treinta y seis años, segun dice; pe-
ro de quarenta y cinco, segun parece."

Lucrec. Pudierais sin exponeros
á mentir, darla cincuenta.

Yo tengo treinta, y de cierto
sé que su edad.....

Rob. Oh! qualquiera
que os vea, dirá al momento
que vos teneis veinte años
ménos que Teodora. Vuelvo
á leer.

Luc. Sí: que ya escucho.

Rob. "Esta viudita hace quince meses
que lo es, y tiene cincuenta mil escu-
dos de caudal. Esta especie de hermo-
sura; muy capaz de suplir por la que
la negó naturaleza, y la hubiera pro-
porcionado, (á no ser por mis precau-
ciones) un esposo, y quizás se le pro-
porcionará muy pronto, contra mi vo-

luntad, y mis intereses, sino te das
prisa á obtener su mano, tanto por tu
utilidad como por la nuestra. Digo por
la nuestra porque hay en casa una tal
"Lucrecia que me interesa mucho, y
que tiene parte en este proyecto del
matrimonio, así como la tiene en todo
lo que pienso."

Disimulad si me atrevo
á nombraros en mi carta,
porque el hablar del objeto
que ama el corazon, es dulce.

Lucrec. Proseguid, que no me ofendo.

Rob. lee. "Teodora (que así se llama la
que deseamos sea tu esposa) es una se-
ñora bastante ridícula, y como la se-
mejanza que ha de haber entre tu ge-
nio y el suyo, es de la mayor conse-
quencia, voy á decirte alguna cosa de
su carácter."

Lucrec. Esa descripcion será
muy graciosa.

Rob. Si yo acierto

á descifrar su carácter
no será por mi talento,
pues no hice mas que extráctar
vuestros mismos pensamientos.

Lee. "Teodora quiere ser amada de to-
dos los hombres. Yo no sé si esto se-
rá por vanidad ó por otro motivo; lo
cierto es, que quiere ser tenida por da-
ma *sentimental*, y así tú fingirás ser
muy sentimental para agradarla. Los
que la conocen dicen que no la falta
talento, ni tampoco cierta dosis de ne-
cesidad, por manera, que esto produ-
ce un término medio. Sus ideas son de-
sordenadas, y sus juicios precipitados;
escucha con la mayor admiracion á los
charlatanes: es supersticiosa hasta el
extremo, y por lo mismo capaz de creer
quanto la digan. No olvida circunstan-
cia alguna de lo que sueña. Qualquier
presagio basta á alegrarla ó entriste-
cerla. Da mucho crédito á los agueros,
y así tendrás cuidado en no presentar-
te á ella en martes, ni tampoco el dia

"13 ó 27 del mes. Serás recibido en casa en calidad de Ayo de su hijo Alejandro, que tiene doce años. En esta ocupacion reemplazarás á un tal Arnaldo, hombre afilosofado que no agrada á ninguno de la familia. Este ha educado al niño en una aldea, acostumbrándole á la vida filosófica. Teodora, obligada por nuestros consejos, los ha hecho venir á su casa, y aunque Arnaldo no está contento con la vida de la Corte, y quiere marchar con su discípulo á la Aldea, puedes creer que no le llevará consigo, y que partirá solo ántes de muchos dias."

Pongo despues de este informe los puntos que á nuestro intento pertenecen, y le digo que serán doce mil pesos los que nos habrá de dar para hacer nuestro himenco, mostrándose agradecido á tal favor.

Luc. Es lo ménos que se le puede exigir. Hoy es dia de correo, y puede marchar la carta.

Rob. No me olvidaré. *se la guarda.*

Luc. Debemos reunirnos contra Arnaldo. Carlos, ese hombre severo, que siempre habla de sus viages, es su protector. Yo creo que debemos procurar que se aleje lo mas presto que se pueda de esta casa. Teodora su hermana, veo que le teme: es necesario deshacernos de un sugeto tan franco.

Rob. Feliz idea!

Mas por vuestra parte os ruego, que como diestra intriganta, acabeis lo que ya tengo comenzado. Habrá diez dias que no he dexado un momento favorable, en que no hable

de mi hermano, y el efecto correspondió á mi esperanza. En varias veces he vuelto á hablar de él, aparentando ser casualidad, y luego que advertí que ya mis golpes penetraban en su pecho, con unas medias palabras pronunciadas á buen tiempo, acabé mi empresa.... Es jóven.... Ola, jóven?..... Un sugeto muy amable. Qué es buen mozo? Ademas mucho talento, un corazon muy sensible... Esta circunstancia creo que la acabó de rendir, y tanto, que ayer me acuerdo que ella misma me habló de él sin quererlo hacer. Os ruego que aprovecheis la ocasion para proseguir.

Luc. No creo que me quedará yo atrás. Mas sin embargo, no debo mostrar que estoy informada de semejante secreto. Teodora está prevenida: vuestras palabras su pecho traspasaron. Por Felipe ella suspira en silencio. Dexémosla que lo haga, porque todavía no es tiempo de socorrerla. Yo sé quando lo he de hacer,

Rob. Ya creo que entendisteis mis ideas.

Luc. Del todo; pero al momento es fuerza que os retireis á vuestro quarto, no demos lugar á que algun criado suba, y os eche de ménos. Ya sabéis que hoy cumple años Teodora. Teneis dispuesto su obsequio por vuestra parte?

Rob. Yo nunca olvidarme pueda de cosa tan esencial. Juanito sabe los versos

con que ha de felicitarla.

Luc. Me gusta. Pues id corriendo á despertarle.

Rob. Al instante, y despues proseguiremos nuestra conferencia.

vase.

Luc. Sí.

Voy á quitar todo esto para no dexar señal de la visita.

Entra la mesa en un quarto y abre la ventana.

..... Qué veo!

Ya es muy de dia. Jesus, y como se pasa el tiempo!

Dentro Alexandro.

Alex. Ola, no hay algun criado? Francisco, Jayme.

Luc. Qué es eso?

Pero ay Dios, que es Alexandro.

Sale Alexandro.

Alex. Qué, aun están todos durmiendo?

Luc. Por qué llamai? Qué sucede?

Alex. Hace media hora lo ménos que estoy gritando, y ninguno me responde. A nadie encuentro en la cocina, en las salas, y entre tanto se va haciendo muy tarde. Serán las diez quando salga á mi paseo. Vaya, dadme un panecillo, que en esta ciudad yo creo que ahora no se encontrará cosa alguna. Vamos presto, dadme pan, pan.

Luc. Al instante

voy á llamar: estaos quieto.

Tira de la campanilla, y sale un criado.

Criad. Jayme, trae un panecillo al señorito. *vase el criado.*

Alex. Corriendo, que no me puedo esperar.

Luc. Tanta hambre teneis?

Alex. No es eso, sino que voy á pasearme por el campo, y así quiero

llevar pan para almorzar.

Luc. Y qué salis á paseo tan de mañana? No veis que hace un frio el mas intenso y ha nevado?

Alex. Por lo mismo estará el campo mas bello. Se siente crugir la nieve quando se anda. Es un contento oír como hace cric, crac, y ver como queda impreso el zapato entre la nieve. ademas de eso, yo quiero ir á buscar unas flores para Mamá.

Luc. Bueno es eso.

Qué flores hay entre nieve?

Alex. Muchas.

Luc. Señorito, creo que lo habeis soñado.

Alex. No, mil veces las ví... Qué es esto: aun no traen el panecillo? Vaya, me iré, que no puedo esperar. Gerardo está en mi quarto ha tanto tiempo.

Luc. Gerardo ha venido?

Alex. Sí.

Luc. Le abrió la puerta el portero?

Alex. Dormia como un lirón.

Pero yo estaba despierto y oí llamar: un golpe, dos, tres, quatro... Salto ligero de la cama. Voy abaxo, me envoco en el aposento del portero, y por mí mismo abro á Gerardo... Ya veo

Sale el criado.

á Jayme... amigo, mil gracias.

Tomando el panecillo, y vase saltando.

ESCENA IV.

Lucrecia y luego Teodora.

Luc. No he visto mayor exceso de locura. Va á coger

un resfriado lo ménos.
 Pero quién le ha de impedir
 que salga si es un diablejo
 que no conoce temor?
 Este lance á mis intentos
 puede convenir. Quizás
 Teodora encuentre pretexto
 para despedir á su ayo.
 Pasos parece que siento;
 sí, con efecto: ella es.

*Sale Teodora con un vestido como que
 se acaba de levantar.*

Luc. Señora mía, qué es esto?
 Tan temprano levantada?
 Estais indispuesta? Advierto
 en vuestro rostro...

Teod. No amiga,
 no estoy mala.

Luc. Lo celebro.

Teod. Solo he dexado la cama.

Luc. Por qué?

Teod. Por huir del sueño.

Luc. Será que acaso soñasteis
 alguna cosa.

Teod. En efecto,
 tuve un sueño el mas horrible,
 Un precipicio tremendo,
 una posada, una mesa.

Luc. Mesa, Señora?... Yo tiemblo,
 Comistes en ella?

Teod. No.

Luc. Tanto mejor.

Teod. Todo esto
 de repente se borró.
 No puedo decir qué objetos
 me representó mi idea.
 Un desórden el mas nuevo...
 Vaya, pareció un delirio,
 y despues de todo, veo
 que por un camino real
 venía una silla, que creo
 era de posta... Caballos...
 Y...

Luc. Señora, en ese sueño *interrump.*
 visteis agua?

Teod. Me parece
 que si la ví: con efecto.

Luc. Pantanosa?

Teod. Aguarda un poco...

No: muy clara, y bien me acuerdo
 de que en ella habia peces.

Luc. Peces decís?

Teod. Si por cierto.

Luc. Buena señal son los peces.

Vaya, no tengais recelo,
 que eso es nada.

Teod. Tú lo crees?

Luego unos gritos tremendos
 me despertaron.

Luc. A fé

que esos gritos fueron ciertos.
 Alexandro dió bastantes.

Teod. Mi hijo?

Luc. Sí señora, el mismo.
 Dónde pensais que se halla
 á la hora de esta?

Teod. Durmiendo
 en su cama.

Luc. Os aseguro
 que tiene los pies muy frescos,
 pues está pisando nieve.

Teod. Pues qué salió?

Luc. Fué á paseo
 por el campo.

Teod. Qué locura!

No te opusistes á ello?

Luc. Puedo yo hacerlo, señora?

Teod. En el rigor del invierno
 salir al amanecer
 al campo?

Luc. Por el recreo
 de ver qué suena la nieve
 al pisarla, y queda impreso
 el vestigio de los pies.
 Así me ha pintado él mismo
 su diversion. Ved aquí
 el fruto de los consejos
 de su ayo: ó mejor dicho,
 ved el pernicioso efecto
 de sus lecciones.

Teod. Bien dices,
 á Arnaldo yo le aborrezco.

Luc. Es un pedante insufrible.
 Soberbio baxo el aspecto

de filósofo, que habla
y decide como maestro.

Teod. Y que no se dexa ver,
buscando siempre el silencio
de su quarto. No has notado
como ni aun por cumplimiento
se digna hacerme la corte?
Bien conozco que su genio
es inclinado al estudio,
y que divertido en esto
solo el retiro apetece;
pero con todo debemos
cumplir con nuestros amigos.

Luc. Si ese hombre es un grosero,
muy fantástico y brutal,
sin otros muchos defectos
que la máscara de sabio
suele encubrir. No me atrevo
á decir en este punto
todo aquello que yo entiendo.
Ademas, en este asunto
no debo hablar, y venero
aquella regla prudente
de que hablar mal no debemos
de los ausentes: con todo,
si estuviere en lugar vuestro
al punto le despidiera,
recompensando su celo
con un buen regalo, á fin
de evitar por este medio
las hablillas, cohonestando
la cosa. Luego al momento
nombraría en su lugar
uno de aquellos sujetos
de providad conocida,
político, amable, ingénuo,
sobre todo, respetable.
Un anciano...

Teod. Nada de eso.

No hija mía. Los ancianos
me disgustan. Son severos,
desagradables. Yo juzgo
conviene para el empleo
de educar la juventud
un jóven.

Luc. Sí, con efecto;
yo soy de vuestra opinion.

Los niños son por sí mismos
alegres, y se disgustan
de un predicador eterno,
que siempre esté censurando
sus mas inocentes juegos.
Predicar y censurar
es el fuerte de los viejos.

Los niños gustan mejor
de quien como amigo tierno
los acaricia, y á veces
juega como juegan ellos.
Esto inspira confianza,
gana el corazon. Quedemos
en que un jóven es mejor
para ayo. Y aun por eso
quisiera yo que este jóven
fuese gracioso, bien hecho,
amable.

Teod. Dices muy bien.

Eso es lo que yo sostengo.
A igualdad de circunstancias
son preferibles aquellos
que tienen buena presencia.
No siempre elegir debemos
mascaronas.

Luc. Y añadid,
que los jóvenes como estos
que pintamos, siempre tratan
de hacerse amables. Para ello
ya les dió naturaleza
el mas poderoso medio
en su rostro... Y por sí mismo
procuran con todo esmero
ayudarse: son amigos
de todos. Previenen diestros
sus miras, sus intenciones,
manifestando su celo
en servir á los demas.
Mirad señora el modelo
del hombre que á vuestro lado
necesitais. No uno de estos
sábios que de vos se aparte,
y que no encuentre un momento
en que se digne su ciencia
hablaros.

Teod. Sí, con efecto,
y mas en mi situacion,

pues á no ser tú, no tengo
persona de confianza
con quien hablar.

Luc. Pues si es eso,
á qué aguardais? Decidid.

Teod. Tengo deseos de hacerlo,
pero hallo ciertas razones
que se oponen. No comprendo
como Arnaldo se ha ganado
la estimacion y el aprecio
de mi hijo: sí, Lucrecia,
yo lo ignoro; mas lo cierto
es que este niño le quiere,
y sentirá por lo mismo
que le aparte de su lado.
Bien sabes con quanto extremo
quiero á mi hijo: y así
por lo mismo no me atrevo
á separarle de Arnaldo
por no darle el sentimiento
de privarle de un amigo.

Luc. Válgame Dios, en que tiempo
tan precioso os advierto
indecisa y detenida
por el maternal afecto!
No os critico, no señora,
todo al contrario, venero
los generosos impulsos
de ese corazon tan tierno
y amable. Pero señora,
permitidme que un momento
examine ese cariño
de vuestro hijo. Yo creo
que la amistad de los niños
es pura costumbre. Veo
que es tan viva y tan instable
como todos los deseos
de la infancia. En esa edad
las penas y los contentos
son de poca duracion,
y por lo mismo...

Teod. Yo encuentro
otro obstáculo, sin duda:
mucho mas fuerte.

Luc. No entiendo
qual pueda ser.

Teod. Es mi hermano,

Carlos.

Luc. Sé que con extremo
aprecia á Arnaldo. Con todo,
por ese resentimiento
no me parece que...

Teod. Si,
ese es gran impedimento
para mi resolucion.

Bien sabes que con afecto
de padre mira á Alexandro,
y este cariño protesto
que me interesa, y que hace
le respete. Por su medio
vino Arnaldo á casa, el dia
que yo le despidá temo
sus serias reconvenciones.

Dime, Lucrecia, qué puedo
responderle en este caso?

El me obstiga, y si yo debo
hablarle como una amiga,
te diré que con su genio
me molesta, y quando viene
á verme, tan solo pienso
en quando se marchará.
Pero á pesar de todo esto,
mi corazon le respeta
sin amarle. Si le quiero
tratar con dureza, hallo
que me queda un sentimiento
interior, y si al contrario
agrado le manifiesto
es á mi pesar. No sé
si esto lo causa su genio
ó mi carácter. Lucrecia,
explicame este misterio,
pues te digo con verdad
que libertarme deseo
de este hermano, y sin embargo,
causarle disgusto siento.

Luc. En ese punto, señora,
no quiero hablaros: mi zelo,
si digo mi parecer;
quizás se juzgue indiscreto.
Pero en fin, él es quien habla,
y no mi interes. Qué tengo
yo con que Arnaldo se vaya
ó se quede en casa? Creo

que ésta es verdad innegable.

Al mismo tiempo estoy viendo un niño que en adelante pudiera ser un modelo de gracias, y está fiado á un Pedanton indiscreto que casi nada le enseña sino solo los violentos ejercicios, mas conformes á un ganapan que á un sugeto de su clase. Yo conozco que reemplazando este necio ayo, con otro que fuese mas prudente, mas discreto, mas político, y en fin, como pintado le habemos: resultará la ventaja de tener á un mismo tiempo el niño un buen preceptor, y vos un amigo tierno.

Un amigo, sí señora, la delicia y embeleso de la vida. Un hombre en fin con quien hablar. Un sugeto capaz de servir de guía con sus luces y consejos en qualquiera circunstancia.

Mas vuestro hermano á todo esto se opone, y es necesario abandonar el proyecto por no causarle disgusto.

En fin, señora, tenemos que lo que os puede ser útil y agradable á un mismo tiempo es una cosa muy fácil, y hay que dexarla teniendo á un hombre que nada importa. Si no os determinais á hacerlo quejaos luego de vos propia, y no de nadie.

Teod. Es muy cierto; pero en fin.

Luc. Arnaldo viene.

ESCENA VIII.

Dichas y Arnaldo.

Arn. Señora, á deciros vengo que por muy justos motivos vuestro hijo y yo no debemos permanecer en la Corte.

Es un sistema completo este de la educacion, y que debe por lo mesmo comenzarse y concluirse, siempre una linea siguiendo. Es sumamente importante...

Teod. Aguardad, que yo no encuentre que haya ninguna razon para esta partida, y veo como cosa muy extraña separar á un niño tierno de los brazos de su madre para educarle.

Arn. No intento

que os separeis de su vista.

Acompañadnos al pueblo donde los dos residimos.

Me lisonjearéis viniendo con nosotros, y tendreis

gran gusto al ver los progresos que hace vuestro amado hijo.

Pero señora, yo debo

explicarme con franqueza.

Paris me enfada. Yo quiero

una poblacion que sea

mas vasta, y al mismo tiempo

mas estrecha. Esto es decir,

mas vasta para el imperio

de la gran naturaleza,

mas estrecha para el necio

trato de la sociedad.

En esta Corte no encuentro

sino artificios é intrigas,

nada simple y verdadero,

nada natural, y en fin,

de mi discípulo debo

establecer las ideas.

¿Y sobre qué fundamento

puedo en la Corte formarlas

quando todos sus exemplos
contradiceen mis lecciones?
Disimulad, soy ingénuo:
quizás os hablo un lenguáje
que no escuchasteis, y siento
disgustaros: sin embargo,
señora, no puedo ménos
de usarle á pesar de todo.

Luc. Sea en buen hora: no podemos
culpar vuestra ingenuidad.
Quizás no comprehendereis
vuestras sublimes ideas;
pero mi ama este momento
escucha solo las veces
de su corazon, y oyendo
los sentimientos de madre
os anuncia por mi medio
que ella reside en Paris,
y que por ningun pretesto
quiere apartarse de su hijo
á quien ama con extremo.
Esta es su resolucion,
vos á consequéncia de ello
hareis lo que os acomode.

Arn. Mirad señora...

Teod. Qué tengo
que mirar? Que de mi lado
se aparta un hijo á quien quiero
con el extremo mayor,
para llevarle á un desierto,
y educarle entre los bosques?
Arnaldo, yo no consiento
que se aparte de mi vista:
yo quiero verle, deseo
me acompañe á todas partes.
Decid, qué conocimientos
puede adquirir en la aldea?
Nunca dos dias enteros
estoy en ella, sin verme
devorada por el tedio.
Quedaos *Arnaldo* en Paris,
donde encontrareis mil medios
para que mi hijo se instruya,
y divierta á un mismo tiempo.
No quiero que se acostumbre
al exercicio grosero
de un gayan. Todo al contrario,

deseo que salga diestro
en las cosas de la Corte.
Quiero buscarle un maestro
de bayle. Sin duda alguna
le será mas útil esto,
que pasar entre las yervas
todo el dia: verse expuesto
á mil peligros, y en fin,
os digo que yo no apruebo
le aconsejéis se pasee
en el rigor del invierno
pisando nieve. Presumo
que me entendeis, y no tengo
nada que añadir. *vas. con Lucrecia.*
Arn. Sí: bien,
lo he entendido. Solo siento
que sobre el pobre Alexandro
recaerá todo esto. *vase.*

ACTO II.

*La misma decoracion que en el acto
anterior.*

ESCENA PRIMERA.

Arnaldo solo.

Arn. Aunque inútil considero
una tentativa nueva
emprehenderla es necesario.
Qué perspectiva funesta
se me ofrece! A cuáles manos
van á fiar la inocencia
de Alexandro! Qué la absurda
preocupacion hoy queda
triunfante! Quando será
que al error la verdad venza?
Pero á pesar del disgusto,
á pesar de la tristeza
que me inspira este suceso,
la ridicula cadena
de errores que ante mis ojos
el universo presenta,
me hace reir de compasion.
Quiere uno que su hijo sea
capáz de sobrepasar

ESCENA II.

Dicho y Gerardo.

á los héroes de la Grecia,
y para darle este lustre
á un hombre vil encomienda
su educacion. Allí veo
un niño que se atarea
revolviendo muchos libros,
que ni mover puede apénas,
y siguiendo los preceptos
de su director, se esfuerza
en pasar á su cerebro
las novedades ajenas,
haciendo que en adelante
ni pensar pueda siquiera
un momento por sí mismo.
Mas allá se me presenta
una víctima infeliz
del pedantismo, que espera
el azote de su maestro,
y que aborrece las ciencias,
no sin razon, pues no coge
flor que con sangre no riega.
Entre tan varios errores
dispuso la providencia
que me cupiese educar
un niño de la mas bella
índole: sensible, dócil,
adornado de las prendas
mejores: en fin, perfecto,
qual todos quizás lo fueran
si fuese su primer maestro:
sola la naturaleza.
Y este niño, este discípulo
de mí le apartan. Por fuerza
quieren que viva en Paris
por la ridícula idea
de darle un maestro de bayle.
Pero quizás esto sea
un capricho que tal vez
pasará: si yo pudiera
persuadir y convencer
á su madre? Será fuerza
intentarlo por lo ménos;
pero Gerardo se acerca.

Ger. Amigo, qué gran paseo
hemos dado. Estaba fresca
la mañana que era un gusto.
Por fin, ya estamos de vuelta,
y vuestro amado discípulo
alegre sobre manera,
porque trae un ramillete
para su madre. Es de yerva
y no de flores, pero él
le juzga mucho mas bello
que las rosas. Si le vieseis
con qué placer y destreza
salta un barranco. Para él
no hay obstáculos. Se trepa
por todas partes: registra
aun las plantas mas pequeñas,
es vivo, curioso, en fin,
jamás en inaccion dexa
ni su cuerpo ni su alma.
A qualquier hora se encuentra
dispuesto á todo. Me admira
su robustez en tan tierna
edad. Quando se cansó
de andar, sacó con presteza
un gran pedazo de pan,
y le comió con la misma
delicia que un buen vizcocho.
Se quitó de la cabeza
el sombrero, cogió en él
agua, y se puso á beberla
como si bebiese leche.
Vaya, este niño demuestra
que en siendo grande, será
capáz de qualquier empresa.
Mas qué teneis? Estais triste?
Arn. No es sin causa mi tristeza.
Ger. Qué ha sucedido?
Arn. Me quitan
á Alexandro.
Ger. Hablais de veras?
Qué causa tienen?
Arn. La ignoro,
mas sé que en la casa está

disgusto á todos.

Ger. Qué quieren?

Consistirá en que desean tener en su casa pícaros ó necios.

Arn. Como no encuentran faltas que en verdad me culpen, buscan rodeos y vueltas para causarme disgusto.

Ah, cuánto mas en mi idea

exámino lo que pasa,

encuentro mas claras señas

del fin que tendrá todo esto.

Ger. Si castigaros intentan, se engañan.

Arn. Sí: mi conducta de toda nota está exenta.

No me pueden castigar,

pero el pecho me atraviesan.

Ger. Pero en fin, qué ha sucedido?

Arn. Con imperio, y con las muestras de un desprecio decidido en este instante me niegan una súplica muy justa.

La causa de esta respuesta

es risible, no me ultraja,

mas los pasos de la guerra

que me hacen, me son notorios.

Desde que á la casa ésta

llegué, conocí que todos

me aborrecen, sin que sepa

ni el motivo, ni quién es

quien ésta intriga fomenta.

Ya sabéis que hay otro ayo

en casa, cuyas ideas

se dexan bien conocer.

Este es un sábio de aquella

especie que por desgracia

abunda tanto en la tierra.

Preciosos ayos, que miran

como obligacion primera,

pensar poco en el discípulo,

y hacer sin la mas pequeña

repugnancia su fortuna.

Solo cuidan de que tenga

su discípulo un barniz

que á algunos deslumbrar pueda,

y se dedican del todo

á la mas vil y grosera

adulacion. No tan solo

elogian y lisongean

á los dueños de la casa

sino á la familia entera.

Tan viles y despreciables

que á veces hasta la perra

que disfruta los cariños

de la señora, vé muestras

de esta adulacion servil.

Yo no sé si quizás sea

que me aborrezca Roberto,

ó que mi conducta pierda

comparada con la suya,

y que en mi lugar intentan

colocar otro sugeto

que á Roberto se parezca,

lo cierto es que no hay instante

en que señales no vea

del odio con que me tratan.

Aun los criados que entran

en mi quarto, pretestando

van á servirme, se esmeran

en causarme sentimientos.

Ger. Y teneis tanta paciencia

que no dexáis al instante

una casa tan perversa?

Diciendo ántes á Teodora,

y de modo que lo entienda:

señora, hombres como yo

jamás en la casa vuestra

deben estar. Id, buscad

hombres que... En fin, salgo de ella

y no volveréis á verme.

Esto es lo que yo dixera

sin cortarme.

Arn. Pero el niño,

el niño.

Ger. Nunca creyera

que hubiese madres tan crueles;

Arn. Alexandro de por fuerza

padecerá.

Ger. Pobre niño!

Arn. El solo causa mi pena.

Ger. Teodora no oye las voces,

ni de la naturaleza

ni de la amistad. Quereis
que la diga con franqueza
dos palabras á mi modo?

Arn. Qué la direis?

Ger. Esa es buena!

señora mía, vuestro hijo
no necesita en la tierra
sino un buen ayo, un buen ayo,
favor que no se dispensa
á todos. Si vos le amais,
quizás con mayor ternera
le ama Arnaldo, y Alexandro,
le corresponde... Si oyera
Teodora lo que este niño
dixo hace poco.

Arn. Qué era?

Ger. Amigo mio: mi ayo
está malo... Ved que apénas
lo pronunció quando ya
echo á llorar... Será fuerza
que yo me vaya... No puedo
sufrir una tan completa
injusticia, y si yo hablase,
quizás fuese de manera
que empeorase el asunto.
Gente viene, quando sea
ocasion volveré á veros.

Arn. Sí, con efecto, Lucrecia
viene aquí. Procuraré
ver á Teodora, no sea
que mi silencio esta vez
como desayre parezca.

ESCENA III.

Dichos, Lucrecia, y luego Roberto.

Arn. Podré ver á vuestra ama?

Luc. Ahora mismo vendrá ella
á esta sala; pero creo
que no es ocasion aquesta
de que la habléis, pues la ocupa
un negocio que interesa
mucho mas de lo que vos
podais decirla.

Salé Roberto

Rob. Se acerca

la hora de la funcion,
y Juanito solo espera
el punto de presentarse
á su tia.

Luc. La impaciencia
manifiesta su cariño:
traedle pues con la certeza
que será bien escuchada,
tanto la pequeña arenga
que diga, como su autor.

Rob. Sin embargo, no quisiera
fuese indiscreto su zelo.
Alexandro es bien que sea
el primero que este dia
se presente. La etiqueta
pidé que el señor Arnaldo
tenga en semejante fiesta
el primer lugar.

Arn. Yo?

Rob. Sí.

Arn. Pero hacedme la fineza
de decir de qué funcion
se trata.

Rob. Causa extrañeza
que lo preguntéis, sabiendo
que este dia se celebran
los felices cumpleaños
de Teodora: á cuya fiesta
tendreis ya muy prevenido
á Alexandro.

Arn. Ni siquiera
le hablé de ello una palabra.
Mis cuidados no se emplean
en adornar una accion
que es sencilla por sí mesma,
ni jamás me mezclo en cosa
en que la naturaleza
es suficiente.

Rob. Con todo,
el árbol de mas belleza
necesita de cultivo.
No negareis que esta fiesta
nos proporciona á los dos
manifestar quáles sean
nuestros esmeros en punto
de educacion, y dar pruebas
de que cuidamos de todo.

Vuestro discípulo es fuerza
que venga bien advertido.

Arn. Repito que ni siquiera
le hablé de ello.

Rob. Hablais de chanza?
Es imposible que crea
lo que decís.

Lucrec. Pues creedlo.

Nunca el señor se chancea.

Rob. Quándo Alexandro olvidase
que este día se celebra
de su madre el cumpleaños?

Arn. Perded cuidado: él se acuerda
de su madre á cada instante,
y si olvidarla pudiera
yo no lo consentiría.

Rob. Eso es distinto: fué cierta
mi esperanza, desde luego
que ayudó la musa vuestra
á la de Alexandro.

Arn. No;
pues ignoro yo que él tenga
la habilidad de hacer versos.

Rob. Es una costumbre esa
tan recibida....

Arn. Es verdad,
mas todos es bien que sepan,
que Alexandro es solo un niño
incapaz de las bellezas
ni artificio de los versos.
Manifestar sus ideas
con sencillez es no mas
lo que sabe: ni pudiera
en su edad ser otra cosa.

Rob. Sin embargo, la eloquencia
del maestro debe adornar
esa ingenuidad sincera
de los niños.

Arn. La verdad,
quanto mas simple se muestra,
tanto mas bella parece.

Rob. Me respondeis con dureza,
quando yo tan solo trato
de lisonjearos? Qué idéa
es la vuestra?

Arn. Demostrar,
que inutilmente se empeña

vuestra atencion en honrarme.

Rob. Es desairar mis finezas?

Arn. Por ver que no las merezco
quiero dispensaros de ellas.

Rob. Advertir que ese carácter
solo el desprecio os grangea.

Arn. A veces ese desprecio
suele valer mas que aquellas
atenciones que se logran
sin motivo.

Rob. Pero advierta
vuestra atencion....

Luc. Concluid
esa disputa tan necia.

Rob. Primero debo explicarme.
Arnaldo, aunque mi franqueza
igualá á ese disimulo,
no se opone á que yo sepa
educar á mi discípulo.
El no aprenderá en mi escuela
lo que en la vuestra Alexandro;
con todo, sacará de ella
las nociones suficientes
para que en el mundo sepa
vivir con todos los hombres,
y sin tener la apariencia
de un sabio, saberlo ser.

Arn. No me opongo á esa risueña
esperanza que formais
de Juanito, y porque vea
su ayo, quán injustamente
se enoja, voy con franqueza
á decir mi parecer.
El saldrá de vuestra escuela
libre de aquellas virtudes,
que como duras y austéras
aborrece, y con razon,
la sociedad que no aprecia
sino lo superficial.

Eso que llaman firmeza
de carácter, es el dote
de los hombres que entre peñas
pasan su vida. Juanito
solo tendrá en recompensa
un orgullo inaguantable.
Despreciará sin reserva
á los de clase inferior;

y será con la mas bella
voluntad , un vil esclavo
del fausto y de la opulencia.
No apreciará aquellos rasgos
sublimes que manifiestan
un verdadero talento;
pero dirá bagatelas
que pasarán como gracias.
No tendrá minguna fuerza,
ningun vigor en su alma,
pero serán sus ideas
brillantes y encantadoras.
Elogiará quando sepa
que se ha de granjear elogios.
Tendrá perfidia y cautela,
será mal intencionado;
pero tendrá la apariencia
de jóven de buen humor.
En fin , segun vuestras reglas,
Juan será un hombre perfecto.
Ya mirais quán lisongera
es la pintura que os hago,
y que con causa pequeña
os habeis incomodado.
Yo me ausento porque tenga
fin esta conversacion. *vase.*

ESCENA IV.

Lucrecia y Roberto;

Rob. Se dará tal insolencia!

Lucrec. Y quién ha dado ocasion
á que hable tantas simplezas
sino vos? *Rob.* Pero.... *Luc.* Callad.
Preciso es tener reserva
para nuestros enemigos.
No se les hace la guerra
sino en secreto. Jamas
disputas ni controversias
en público. Siempre vence
quien mas disimula. *Rob.* Es esa
una máxima excelente.

Lucrec. Ya mirais que la violencia
de vuestro genio esta vez
os perjudicó... Se acerca
Teodora. Traed al punto
á Juanito.

vase Roberto.

ESCENA V.

Teodora y Lucrecia.

Lucrec. Estais compuesta
tan pronto! Y qué bella estais!
Vaya , qualquiera que os vea
dirá que cumplis veinte años.

Teod. Hablas de veras , Lucrecia?

Lucrec. Os juro que pareceis
una Diosa: qué viveza
de color! qué ojos tan negros!

Teod. Acabo de hacer la prueba
del agua que tú has compuesto.

Lucrec. Ya no me admiro que tenga
tanto brillo vuestro rostro.
Si mi agua es estupenda.

ESCENA VI.

Dichas y Alexandro.

Alex. Mamá mia , buenos días.
Pensando en vos y en la fiesta
de este dia , sin dormir
me llevé la noche entera.
Mirad aquí el ramillete
que os traigo.

Teod. Me lisongea *le abraza, y toma*
tu cariño , amado hijo. *el ramillete.*

Lucrec. Vaya , veamos las bellas
flores que tanto han costado.

Alex. Qué tienes que decir de ellas?
No son bonitas? *Lucrec.* Y mucho!

No soy yo tan indiscreta
que no las aplauda. *Alex.* Juzgo
que os burlais... Mamá , esta yerba
no es hermosa? Entre la nieve
es la única que se encuentra.
Quando aquella se derrite,
al punto se manifiesta
anunciando la venida
de la hermosa primavera.

Mamá , no es verdad que es
bonita? *Teod.* Sí , mas quisiera
que no hicieses la locura
de madrugar á cogerla
en tiempo de tanto frio.

Alex. Debí por mi mano mesma
cortarla. *Lucrec.* Juanito viene.

Observad qué gentileza:
se me figura un Cupido:
sentaos, y escuchad la arenga.

ESCENA VII.

Dichos, Roberto, y Juan con un ramo de flores de mano.

*Rob. La accion desembarazada,
aparte á él quando entra.*

y la voz sonora.... empieza.
Juan se llega, y con la mayor afectacion dice:

*Juan. Para que pueda tan dichoso dia
mi pecho celebrar, como es debido,
quiso la musa mia
que una fábula sea.*

la que de sus deseos dé una idea.

*Viendo la bella rosa
que sus tiernos capullos la rodeaban,*

*y que por mas hermosa
las flores por su reyna la aclamaban,*

*la tierra despreció, quiso orgullosa
al olimpo elevarse,*

y en el pecho de Venus colocarse.

*Allí veré, decia,
las gracias bulliciosas,*

*los juegos, y las risas que á porfia
en mil festivos coros juguetean,*

y á la que es madre del amor rodean.

*Ven, Cinto, continuó, forma tus lazos,
y ciñe bien mi vástago florido,*

*porque sea conducido
con suerte venturosa*

al dulce pecho de la mas hermosa.

*Muda de tono, recitando del modo
mas patético.*

*Si el amor mis proyectos patrocina,
no tardará la aurora peregrina
en enviar al zéfiro mi hermano,
que inspirará en el pecho soberano
de la admirable diosa que venero,
los sentimientos de mi amor sincero.*

Muda de tono.

*Ved estas bellas flores,
que explican de mi fábula el sentido,
quanto decir en ella yo he podido*

*el pecho me ha inspirado,
y mi zelo será recompensado,
si Venus mi holocausto recibiese,
y á mis votos benigna respondiese.*

Lucrec. Viva, viva.

Juan. Me parece ap. á Roberto.
*que lo he dicho bien. Teod. Lucrecia,
qué maestró tan admirable!*

*Lucrec. No cabe en edad tan tierna
mayor talento. Teod. Alexandro,
cómo, dí, no te averguenzas
al ver lo que hace tu primo?
Cerca de un año le llevas,
y no haces tanto como él.*

*Lucrec. Ah! Señora, esa advertencia
no se debe dirigir
al niño. Si él estuviera
bien dirigido, sería
mucho mas hábil por fuerza.
Dexémos esto, y veamos
los premios que en recompensa
vais á distribuir.*

*Dá á Teodora un pañuelo, en el que
habrá lo que dicen los versos.*

*Teod. Juanito,
una fábula muy bella
has recitado, y así
nada mejor ser pudiera
tu premio que este librito,
que las fábulas encierra
del célebre La-Fontaine;
tómale para que leas
y te diviertas. Teod. Miradle
con cuidado: qué perfecta
enquadrernacion! que pasta!
filetes de oro!... De veras
que es un tesoro el tal libro.*

Juan. Mil gracias tia.

Teod. Ven, llega, á Alexandro.
*hijo mio, que aunque estoy
contigo algo descontenta,
tambien quiero regalarte.
Tú me obsequiaste con yervas,
y yo te pago con dulce,
que sin duda es mas fineza.*

*El recibe con algun disgusto, y Juan
manifiesta su envidia.*

Lucrec. Vamos, id á divertiros.
se los lleva de la mano.

ESCENA VIII.

Teodora y Roberto.

Teod. Vuestra fábula es tan bella
y tan fina, que no acierto
á elogiarla aunque quisiera.

Rob. Vuestra aprobacion, señora,
mi amor propio lisongea.

Teod. A pesar del sagaz velo
no he podido ser tan necia
que no entendiese el sentido.

Rob. Señora.... *Teod.* Y aunque no sea
yo Venus, tambien deseo
que la aurora á mi presencia
traiga al zéfiro. *Rob.* Conozco
que penetrasteis mi idea.

Teod. La fábula, y el estado
de ignorancia en que se encuentra
un hijo á quien tanto quiero,
me deciden á que vea
como cosa necesaria
apartarle de la escuela
de un pedagogo ignorante.

Rob. Nada que añadir me queda
á una observacion tan justa.

Teod. Propusisteis que admitiera
á vuestro hermano. Yo fio
en su talento, experiencia
y luces.... *Rob.* Antes de un mes
conocereis quán diversa
es la instruccion de Alexandro.

Con qué gracia se presenta
en la sociedad; en fin,
pasar plaza no quisiera
de ridículo, elogiando

á mi hermano. *Teod.* Si sus prendas
lo merecen, el elogio
es justicia. *Rob.* Estad bien cierta,
que á no ser así, jamas
á elogiarle me atreviera.

Yo soy muy escrupuloso
en semejantes materias.

Teod. Solo un punto me detiene.

Rob. Quál?

Teod. Su edad... Dixisteis que era...

Rob. Treinta años aun no cumplidos.

Teod. Y añadisteis de presencia
gallarda. *Rob.* No exágeré
su retrato. *Teod.* Tales prendas
son siempre muy buen anuncio.
Con todo, un jóven que apenas
tiene treinta años, y es
tan galan, consigo lleva
ciertos peligros... Hablando
con libertad y franqueza,
temo dar á mi hijo un ayo
inconstante en sus ideas,
frívolo, supersficial!

Rob. Señora, la suerte adversa
convierte en anciano al jóven.
Aunque indiscrecion parezca
revelaros sus secretos,
no debo callar en esta
ocasion. Mi hermano amó,
pero amó con mas viveza,
con mas constancia que se ama
comunmente. La belleza
á quien entregó su pecho,
sin la causa mas pequeña,
le hizo traicion: él entónces,
enojado de tan negra
perfidia, juró no amar,
y entregándose á las ciencias
ha cumplido su palabra;
y no mudará de idea,
á no ser por un sugeto
que su corazon merezca.
Ah! no podeis figuraros
las desgracias y las penas
que padeció de resultas
de aquel lance. *Teod.* Me interesa
su estado. Infelice jóven!

Rob. Este rasgo manifiesta
su carácter: no dudeis,
que aunque tiene la viveza
de la juventud, su alma
ha adquirido la experiencia
de la edad mas abanzada.
Pues las desgracias enseñan
mucho mejor que los años.

Teod. Bien decís: en esa escuela
se forma el hombre.

ESCENA IX.

Dichos, y Carlos.

Carl. Teodora,
un asunto que interesa
muchísimo me ha obligado
á venir. Te pido audiencia
á solas por un momento.
Después de la conferencia
marcho al instante.

Roberto se vá, Carlos lo nota, y dice.

.....Te fuiste?

tanto mejor. *Teod.* A qué esperas?

qué negocio es?... *Carl.* Dí, conoces
á Arnaldo?

Teod. Cómo! es bien nueva
la pregunta. Le conozco,
es un hombre que aparenta
profunda sabiduría,
y que prefiere las selvas
á la corte: es un salvaje,
y en fin....

Carl. Charla lo que quieras,
que eso no me prueba nada,
y es necesario que vuelva
á mi pregunta. Conoces
á Arnaldo? *Teod.* Ya me molesta
la pregunta. *Carl.* Dí, conoces
su alma, sus bellas ideas,
sus principios, su carácter,
sus virtudes? solo piensa
lo que dice, y nunca escribe
sino lo mismo que intenta
practicar. No le conoces,
Teodora, eres una bestia.

Teod. Carlos....

Carl. Escúchame, y calla.

Ahora está la mar serena,
pero si se arma borrasca,
y me haces recoger velas,
ya verás lo que soy yo.
Mira bien si tienes quexa
de Arnaldo, porque no sigue
tus pasos, y no te obsequia
con baxas adulaciones.
Pero loca, considera,
que ese hombre no está en tu casa

por tí, para que lo sepas,
sino por tu hijo, á quien amo.
Enfádate lo que quieras,
pero la cosa es así.

Teod. Con qué tienes la imprudencia
de insultarme? *Carl.* Poco á poco.

Ahora la nave se encuentra
sobre la ancla. Mas si sale
á alta mar, decir pudiera
otras cosas mas picantes.

Por exemplo, dí, en qué piensas?

Cómo gobiernas tu casa?

No sabes que no hay en ella

un criado que no copie

tus locuras, y no quiera

desairar al pobre Arnaldo?

No te mueres de vergüenza
de haber dado tal exemplo?

Quiéres tú seguir las huellas

de los padres ignorantes,

que tratan sin consecuencia,

y qual si fuese un lacayo

al hombre á quien encomiendan

la educacion de sus hijos?

Al hombre que desempeña

esta ocupacion sagrada,

que ellos por sí no supieran

cumplir, y que por lo mismo

merece la recompensa

mayor? Arnaldo, señora,

quando á vuestro hijo enseña

merece el mismo respeto

que su padre mereciera.

Despreciar á un hombre así

es la mayor insolencia

que puede darse: un escándalo

insufrible. Vengan

á mi vista tus criados,

que por las ventanas esas

los arrojaré á la calle.

Hay cuadrilla mas completa

de tunantes?... Voto va!

Teod. Carlos, qué voces son esas,

qué amenazas?

se levanta.

Carl. Oye. *Teod.* No,

tu extraordinaria demencia

me obliga á huir á mi quarto. *vase.*

Carl. Ola, te vas? Pues no creas
que evitarás la batalla.
Sufrirás aunque no quieras
el abordage... sí...

ESCENA X.

Dicho, y Alexandro.

Cárlos va á entrar al quarto de su hermana, y el niño le detiene.

Alex. Tío...

Carl. Déxame, no me entretengas
que estoy de prisa. *Alex.* Tambien
yo lo estoy... decid qué era
aquello que me ofrecisteis?

Carl. Ya hablaremos quando vuelva.

Alex. No señor, decidlo ahora.

Estoy con tanta impaciencia
por saberlo. *Carl.* El bribonzuelo
no querrá soltar la presa,
sino se lo digo. *Alex.* Vamos,
decidme qué cosa era?

Carl. Pues suéltame. Es un caballo.

Alex. Cómo? Un caballo de veras?

Carl. Sí, un caballo muy hermoso.

Alex. Y vivo? No de madera?

Carl. Vivo, que galopará,
y correrá quanto quieras.

Alex. Qué galopará! hay qué gusto!
patatra... patatra...

corre imitando al caballo.

Carl. Mientras se queda
entretenido me marchó. *vase.*

ESCENA XI.

Alexandro y Juanito.

Juan. Por qué das tales carreras?
qué tienes? *Alex.* Ay primo mio,
qué felicidad, si vieras?

Me regalan un caballo,

pero un caballo de veras:

hermoso animal! *Juan.* Y es eso

por lo que tanto te alegras?

Sabes montar á caballo?

Alex. Ya he dado muchas carreras

por el campo. *Juan.* Y no te caes?

Alex. Qué me he de caer? simpleza.

Y sin parar he tirado

una pistola... Pun. *Juan.* Piensa
en que una pistola mata.

No tenias miedo siquiera?

Alex. Yo miedo? Al salir el tiro

nunca vuelvo la cabeza.

Yo miedo? Qué boberia.

Válgame Dios, quando tenga

mi caballo que contento!

Juan. Vaya, vaya, que te obsequian
grandemente. Ahora un caballo,

antes dulces. *Alex.* Bagatela,

qué valen los dulces? *Juan.* Mucho.

Los comistes? *Alex.* Ni siquiera

he desenvuelto el papel.

Yo no sé por qué te quejas,

quando te diéron un libro.

Juan. Muy hermoso. *Alex.* Si quisieras

enseñármele. *Juan.* Sí: escucha.

Sin que ninguno lo sepa,

quieres cambiar. *Alex.* Por tu libro

mis dulces? Enhorabuena.

Juan. Pero que no hables palabra,

porque luego... *Alex.* Bien: no temas,

toma mis dulces, y dame lo hacen

el libro. *Juan.* En la faltriquera

guárdatele en el instante.

Alex. Bien está.

Juan. Es que no quisiera

que me llamasen goloso.

Alex. Yo haré que nadie le vea.

Vanse Juan mirando sus dulces, y

Alexandro guardando su libro, que

deberá estar envuelto en un papel
escrito.

ACTO III.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

Lucrecia sola.

Lucrec. La tristeza de Teodora
comienza á darme cuidado.

Guarda silencio conmigo
 quando siempre me ha franqueado
 su corazon. Qué será?
 si acaso el señor Arnaldo
 se quejó á su protector,
 y éste á su hermana, habrá hablado
 con su acostumbrado tono?
 Como esto sea, no es malo,
 pues si el fin ha de lograrse,
 considero necesario
 un rompimiento formal
 entre los dos. Será acaso
 esta tristeza que noto
 solamente un resultado
 de la última conferencia
 entre mi ama y su hermano!
 O si la naturaleza
 acaso se habrá explicado
 en su corazon, y teme
 que salga de casa Arnaldo,
 conociendo que es tan útil
 para educar á Alexandro?
 No, esto no será. Tambien
 yo adelanto demasiado.
 Nunca á la naturaleza
 escuchó Teodora. Acaso
 todo esto dimanará
 de lo que está batallando
 su imaginacion. Es fácil
 que el jóven que para Ayo
 la han propuesto, él vé que llega
 el momento de hablar claro,
 y hacer frente á su familia:
 ese inexorable hermano
 á quien teme: aquel amante
 que tambien está esperando
 el bien que aguarda, el recelo
 de que no puede lograrlo
 sino con oposicion.
 Con todo, esto tiene harto
 para estar de mal humor.
 Ya juzgo que he adivinado
 el secreto... mas quién viene?

ESCENA II.

Dicha y Roberto

Rob. Lucrecia?

Lucrec. Qué es eso? *Rob.* Estamos perdidos.

Lucrec. Pues qué sucede?

Rob. Una desgracia. *Lucrec.* Veamos cuál es, hablad. *Rob.* Que la carta que yo escribia á mi hermano se me ha perdido.

Lucrec. Ay Dios mío!

Rob. Me tiene desesperado este accidente. Qué haremos?

Lucrec. No precipitarse. Vamos por puntos: dónde pusisteis esa carta? *Rob.* La he dexado sobre mi mesa metida dentro de mi cartapacio donde pongo mis papeles. Quién de allí la habrá quitado?... Si lo supiera... *Luc.* Dexemos amenazas, y atendamos á examinar el asunto.

Mirasteis por vuestra mano todos los papeles? *Rob.* Sí: uno por uno he tocado todos quantos hay: ya veis que me importa demasiado para no mirarlos bien.

No lo dudeis la han quitado.

Luc. Quién ha subido, despues que la dexasteis, al quarto?

Rob. Nadie, sino estando yo delante, pues siempre guardo la llave. *Luc.* Miradlo bien.

Rob. Ya lo tengo bien mirado.

A no ser que sea Juanito, ninguno del cartapacio pudo sacarla. *Lucrec.* Creeis que él sea? *Rob.* Si otro no hallo en quien sospechar.

Lucrec. Id pronto á buscarle. *Rob.* Voy volando.

Lucrec. Pero no: aguardad un poco, si es verdad que está culpado huirá de vos: mejor es

que le llame algun criado.

Toca la campanilla y sale un criado.

Serenaos miéntras viene,
y juntos le examinaremos.

Sale el criado.

Lucrec. Llamad al niño, Juanito.

Vase el criado.

Quanto mas estoy pensando
en el lance, ménos veo
con qué fin habrá tomado

esa carta. *Rob.* Con el fin
de enredar. El es un diablo
que no dexa cosa á vida.

Rompe y desordena quanto
halla á tiro. *Lucrec.* Y suponiendo
que él sea quien la ha quitado,
que puede haber hecho de ella?

Rob. Yo no sé: la habrá enseñado
á quien le haya dado gana.

Lucrec. Sabeis si despues ha estado
en el quarto de su tia?

Rob. No lo sé.... Qué estais pensando?

Lucrec. Muchas cosas, y ninguna
favorable.... Siento pasos,
y es Juanito. Pues sabeis
el hecho, hacedle los cargos
por vos mismo.

ESCENA III.

Dichos y Juanito. Roberto le coge de la mano con aspereza. El niño manifiesta en toda la escena malicia y disimulo.

Rob. Ven acá.

Es este el fruto que saco
de mis sábias instrucciones?
Faltas á lo que he mandado
tantas veces....

Juan. Pues yo qué hice?

Rob. No te he advertido, malvado,
que jamas á mis papeles

llegues? *Juan.* Pues sino he llegado
á ellos. *Rob.* A mentir te atreves
con semejante descaro

en mi presencia? *Juan.* No miento.

Rob. Yo te hubiera perdonado

que quitases el papel:

pero mentir.... *Juan.* No he quitado
ningun papel: no señor.

Rob. Cómo, bribon! No has sacado
del cartapacio una carta?

Juan. Es mentira. *Rob.* Descarado,
ya veras...

Le amenaza, y él corre á ponerse detras de Lucrecia.

Juan. Si me casais,

llamo á mi tia. *Rob.* Malvado,
aguarda. *Juan.* Ti....

Lucrec. Perdonadle.

Vaya que habeis olvidado
que nos recitó su fabula
como un ángel. Es extraño
castigar á un niño que hace
estas cosas. *Juan.* No: si acaso
viene á pegarme, á mordiscos
le acribillaré las manos.

Lucrec. Calla querido y escucha.

Lo que ha enojado á tu Ayo
es que mientas de esa suerte.
Sabemos que tu has tomado
el papel, porque yo ví
como tú del cartapacio
le sacabas. Esto no es
una gran falta. Veamos
cómo logras tu perdon
ingenuamente contando
la verdad. Mira, si lo haces
ahora mesmo te regalo
esta caja de pastillas.

La saca de la cómoda.

Vamos amiguito, vamos,
habla la verdad. Roberto,
ahora vereis quán en vano
le sospechais embustero.

Rob. Ven aca, bribon, dí, cuándo
le quitaste?

Lucrec. Qué pregunta!

Quándo? Tenia en la mano
el reloj para saberlo?

Esta mañana temprano
ha sido... No es la verdad?

Juan hace seña con la cabeza de que sí.
Lucrec. Veis como lo va contando?

Y dime, el papel estaba en latín? *Juan.* No sé.
Lucrec. Es extraño no le leyéses. Yo sé que eres curioso, y mirando un papel... *Juan.* No le leí.
Luc. Bien: lo creo. *Rob.* Pero vamos, qué hiciste de ese papel, acaso le has enseñado?

Juan. A nadie. *Lucrec.* A tu tía?

Juan. No.

Lucrec. Te quiero dar un abrazo por la noticia. Qué hiciste del papel?... Habla.

Juan. Hize... un barco.

Lucrec. Un barco? Me alegro mucho, eso sería pensando divertirme. *Juan.* Si señora.

Lucrec. Muy bien. Y á donde has dexado tu barco. *Juan.* Le eché á nadar en el estanque. *Lucrec.* Y acaso tu primo te acompañó?

Juan. No señora... pero el barco se caló y se undió.

Lucrec. Muy bien.

No sabes ese naufragio del peligro que nos libra. Y dime, lo que has contado es la verdad? *Juan.* Si señora.

Lucrec. Roberto, ya veis probado que el niño no es embustero, por lo mismo le regalo las pastillas, y os suplico no conteis lo que ha pasado á nadie: ni aun á su tía: estais? *Rob.* Yo por agradaros callaré... mas merecia...

Lucrec. Nada, nada, ya quedamos amigos. Juanito vete á jugar; pero cuidado que tú has de callar tambien este lance, pues si acaso se supiese te dirian que eres un niño muy malo, enredador, revoltoso.

Juan. Yo callaré, no hay cuidado.

Lucrec. Vaya, pues, vete á jugar.

Juan. Cáspita! si yo he contado que en su carta envolví el libro, que con mi primo he trocado, buena zurra me aguardaba. Me alegro haberlo callado.

Vase haciendo gestos á su ayo.

Lucrec. Vaya, baxad al instante al jardin, y procurando que nadie os vea, sacad en el momento ese barco.

Rob. Voy hacerlo.

ESCENA IV.

Lucrecia sola.

Lucrec. Por lo ménos ya salimos del cuidado. El niño dixo verdad, á nadie le habrá enseñado; gracias á Dios que al papel dió este destino: sepamos que el plan mejor dirigido, mas fino y mas combinado puede el menor accidente frustrarle. Pues á qué aguardo? Es preciso despacharse, y poner la última mano en el asunto. La suerte nos favorece: sepamos prevenir sus muchas vueltas el momento aprovechando.

Vuelve la cara, y ve venir á Teodora muy pensativa: ella se retira diciendo á media voz.

Teodora viene: dexemos que hable primero, y sigamos segun el tono en que empieza.

ESCENA V.

Dicha y Teodora.

Teod. Los que mas hubiera amado son precisamente aquellos á quienes temo. Que estado tan infeliz es el mio! solo me consuela el llanto.

Lucrec. Mas si hablará de Roberto

ap. y de mí. *Teod.* Hombre tirano...
Luc. Por su hermano habla. ap.
Teod. Qué modo
 tan violento é inhumano
 de mostrar el interes
 que por mí toma. *Lucrec.* Salgamos
 á descifrar el enigma
 de una vez... Estais llorando, *sale á*
 Señora? Qué teneis? *la escena.*

Teod. Penas.

Lucrec. Vencerlas es necesario,
 y no entregarse al dolor.
 Vuestras quejas he escuchado
 desde esa pieza, y no quise
 interrumpiros pensando
 gustariais de estar sola.
 Pero me he determinado
 á salir, por si mi zelo
 puede aliviaros en algo.

ESCENA VI.

Dichas y Roberto.

Lucrec. Retiraos, que está triste, ap.
 y vuestra presencia acaso á él.
 la incomodará. *Rob.* Sabed
 que el estanque he registrado,
 pero está el agua tan turbia
 que nada se ve. *Lucrec.* Templaos,
 y disimulad, que yo
 voy á dar la última mano
 al asunto. *Rob.* Qué imprudente
 fui! *pase.*

ESCENA VII.

Dichas ménos Roberto.

Lucrec. Vaya, dexad el llanto,
 y busquemos el consuelo.
 Yo bien sé que vuestro hermano
 tendrá la culpa de todo,
 y que en favor de su ahijado
 os hablaria del modo
 que suele: él habrá excitado
 esa pena. No es verdad?
Teod. Es cierto, Carlos me ha hablado.
 Mis mayores enemigos
 jamas hubieran osado

decirme lo que él me dixo;
 la paciencia me ha faltado
 para escucharle. Con todo,
 á pesar de este quebranto
 otro mayor me atormenta.
 Ah! por experiencia hallo
 que me cercan unas penas
 en que nunca habia pensado.

Lucrec. Sino fuera indiscrecion
 preguntar... No sea acaso
 imaginario ese mal.

Teod. No amiga, no: demasiado
 cierto es. *Lucrec.* Yo no os entiendo,
 será que está amenazado
 vuestro caudal de sufrir
 alguna pérdida.

Teodora con una sonrisa que Lucrecia
da muestras de conocer.

Teod. Oh, quanto
 te apartas de la verdad.
 No, mi caudal está en salvo.
 Otra pena es. *Lucrec.* Acabemos,
 hago mal en preguntarlo
 quando lo puedo saber.

Teod. Cómo, Lucrecia? *con viveza.*

Lucrec. Formando
 con los naypes aquel juego,
 aquel de que ya os he hablado
 otras veces. Ya vereis
 que no hay secreto ni arcano
 que no descubra la suerte.

Teod. Bien: forma el juego. Veamos
 si es verdad lo que me anuncias.

Lucrecia llega la mesa, saca la bara-
ja. Teodora se sienta enfrente manifes-
tando su sorpresa ó sus esperanzas se-
gun el sentido de los versos.

Lucrec. No lo ha de ser? En mi mano
 está el libro de secretos,
 contemplad que es necesario
 saber de un modo ó de otro
 lo que nos prepara el hado.
 Si es malo para poderlo
 evitar, y si al contrario,
 nos aguarda buena suerte,
 la gozamos de antemano
 estando seguros de ella.

Como el tiempo va pasando,
y vemos llegar la dicha;
mas la vamos disfrutando,
de modo, que la esperanza
es igual en este caso
á la posesion. Creed
que este juego no ha fallado
ni una sola vez siquiera.
Ved la baraja en mi mano,
soplád sobre ella, Señora. *ella lo hace.*
Muy bien: pero habeis soplado
con entera voluntad?

Teod. Si por cierto.

Lucrec. Pues bien: vamos
á comenzar... Pobre tonta, *ap.*
vas a ser en este caso
víctima de tu ignorancia.
Jamás hubiera pensado
que hubiese muger tan crédula.

Teod. Qué dices? Qué estás hablando
entre dientes? *Lucrec.* Son palabras
que si las dixesen alto
de nada sirviera el juego.
Y que no miento. *ap.*

Teod. Ya aguardo

con impaciencia que empieces.
*Lucrecia baraja los naipes con todas
las ridículas ceremonias que usan los
charlatanes. Los coloca en semicírcu-
lo, y encorvándolos suelta algunos
de ellos sobre la mesa segun dicen
los versos.*

Lucrec. Poco á poco. Es necesario
no ir de prisa en este juego,
pues si estando barajando
los naipes se me cayesen,
era el anuncio más malo
que se podia esperar.

Alzad, pero con la mano
izquierda. *Teod.* Ya está.

Lucrec. Reuno
la baraja. Ved qué palo
elegis, bastos ó copas. *Teod.* Copas.

Lucrec. Lo habeis acertado,
pues las copas son felices,
y muy funestos los bastos.
Qué carta quereis que sea

la que sirva á declararos
el pensamiento? *Teod.* La sota
de copas. *Lucrec.* Se me ha escapado
de la mano por sí misma.

Teod. Qué decis?

Lucrec. Ya estais mirando
que la suerte os favorece.
Animo pues, y atendamos
á las cartas que la siguen.

Teod. El tres de espadas, el quatro
de copas,.... ahora el as de oros.

*Lucrecia se pára, y dice como con gran
interes mirando las cartas que han
salido.*

Lucrec. No recibisteis recado
ni aviso? *Teod.* No.

Lucrec. Ni tampoco
un papel os enseñaron
que dixese... *Teod.* No por cierto,
de ningun papel me hablaron.

Lucrec. Vaya, no ha visto la carta *ap.*
de Roberto, y ha contado
la pura verdad Juanito.

Teod. Qué hablas?

Lucrec. Estoy estudiando
lo que me dicen las cartas.
Voy á unir las en mi mano,
y á leer precisamente
lo que vos estais pensando.

*Va juntando las cartas de tres en tres,
y diciendo.*

Lucrec. Vendrá un hombre á vuestra casa,
que será jóven gallardo,
aunque pobre y perseguido
por la suerte.... Meditando
estais en él noche y dia,
pues temiendo el arriesgaros
á hacer alguna imprudencia,
vuestra alma esta batallando
entre si es bueno admitirle...

Teod. *Lucrecia, qué estás hablando?*
Es un sueño! *Lucrec.* Solo digo
aquello que voy mirando
en las cartas. *Teod.* En las cartas
lo ves..?

Lucrec. Del modo mas claro.

Teod. Y ese hombre vendrá á mi casa?

Lucrec. Mirad aquí el seis de bastos que indica feliz viage.

Teod. Puedes decir cuántos años tiene ese jóven? **Lucrec.** Al punto, porque nada es reservado á este juego. Quatro y tres son siete; el ocho y el quatro doce.... uno y diez once... Tendrá como treinta años escasos.

Teod. Treinta años!

Lucrec. Aun no cumplidos.

Teod. Que admiracion! es un pasmo, un asombro! **Lucrec.** Permitted que continúe explicando lo demas. Hay un sugeto que está muy bien retratado en el caballo de espadas, hipócrita, necio y vano, que se opone á la venida de éste jóven, procurando que entre los dos se interponga una persona.

Teod. Es mi hermano con viveza, esa persona. **Lucrec.** Seguro, miradle aquí retratado en el rey. El dos figura vuestra casa; pero hallamos que entre la sota de copas, la que vos habeis nombrado desde el principio, y la casa se interpone este caballo, y despues se sigue el rey; por manera que notamos que al caballo favorece y ayuda este rey de bastos. Pero junto á vos está la sota de oros. **Teod.** Sepamos qué significa. **Lucrec.** Una amiga, cuyo zelo figurado está en el oro. Esta es la que puede aconsejaros lo que debeis resolver.

Teodora se levanta como suera de sí, y la abraza.

Teod. Lucrecia, ven á mis brazos.

Tú eres esa amiga. **Lucrec.** Yo?

Teod. No lo dudes, has llegado

á descubrir los secretos de mi alma. Será en vano que te oculte cosa alguna. Ese jóven de treinta años no cumplidos es el mismo que me han propuesto para ayo de mi hijo: mas yo temo la cólera de mi hermano, y lo que todos dirán de mi conducta, si acaso traigo á mi casa ese jóven. Su talento está probado, su conducta irreprehensible; pero es buen mozo, gallardo, amable; ya ves, Lucrecia, que dirán en este caso, que para ayo de mi hijo á casa un amante traigo, un esposo.... Yo te juro, que solo el bien de Alexandro me interesa; pero al fin debo mirar con despacio mi opinion entre las gentes, y así me ves batallando con mil dudas. Dime tú lo que he de hacer.

Lucrec. Yo no acabo de admirarme. Digan luego que en los naypes no encontramos sino unas mudas figuras. No es verdad que he adivinado lo cierto? **Teod.** Al pie de la letra.

Lucrec. Pues ahora solo atendamos á saber qué decision será la vuestra. No os hablo de Arnaldo, ni ménos quiero nombrar ahora á vuestro hermano. Esto es una bagatela. Dad mil gracias á los hados que os van á librar de un necio y de un orgulloso. En quanto á lo que el público diga no debeis tener reparo. Críticas sin fundamento ellas se van disipando por sí mismas. Y ese jóven, aunque sea amable y gallardo

al fin á la casa vuestra
solo viene como ayó.

Teod. Yo tan solo pienso en él
baxo ese respeto. *Lucrec.* Vamos,
sea despues lo que fuere
nada importa. Si él, acaso
logra vuestra estimacion,
es justo debais privaros
de un amigo verdadero
por el temor insensato
de lo que hablarán los otros?
Si despues llega á explicaros
su pasion, si como esposa
os pretende, que hay de malo
en que le admitais? *Teod.* Lucrecia,
mucho te has adelantado.
Esas cosas me parece
que no las habrás mirado
en los naypes. *Lucrec.* Mas las miro
en vos misma. Qué apostamos
á que en viendoos ese jóven
al punto queda prendado,
no solo por la belleza,
que esa todo hombre sensato
la pospone á aquellas prendas
del alma que lucen tanto
en vuestro amable carácter?
No hay una accion, no hay un rasgo
que no os grangee el aprecio
de todos. El dulce encanto
de vuestra amabilidad.
Esa alegría, ese agrado
para todos, ese fondo
de sensibilidad... Vamos,
no dudéis que apénas venga
á vuestro lado ese ayó
pasará á ser vuestro amante.
Teod. Quanto me estás anunciando
es un sueño, pero al ménos
es delicioso. Lo que hallo
de verdad es, que tú sola
con interes has mirado
mis asuntos... Sé que me amas.
Lucrec. Ah, si señora que os amo,
y por lo mismo es preciso
que en el proyecto entablado
os favorezca. En él solo

consiste podais libraros
de un pedanton que no instruye
á vuestro hijo Alexandro,
de un hermano que os maltrata
y pretende gobernaros...
En fin, señora, llegó
el instante deseado
de entablar en vuestra casa
una paz sólida, dando
á vuestro hijo un director
que le eduque con cuidado
y prudencia; de manera,
que sea luego un dechado
de jóvenes instruidos.
Me parece que he tocado
el punto principal. *Teod.* Sí.
La educacion de Alexandro
es lo primero en que pienso.
Todo lo demas que hablamos
son castillos en el ayre.

Lucrec. Oh, no señora! no tanto;
pero en fin tan solo el tiempo
lo dirá. Por ahora os hallo
decidida á resolver.

Es fuerza que salga Arnaldo
de casa hoy mismo.

Teod. Lucrecia,
hoy mismo? *Lucrec.* Quereis acaso
que se quede en casa?

Teod. No.

Lucrec. Pues siendo así, qué esperamos?

Mirad que es martes mañana,
y si en día tan aciago
sale de casa, temed
resulten efectos malos
de su salida. *Teod.* Bien dices.
Que se vaya de contado.

Lucrec. Dos letras de buena tinta
bastarán para librarnos
de su presencia, yo voy
á escribirlas por mi mano.

Dice segun va escribiendo.

"Tengo razones muy poderosas para
nconfiar á otro ayó la educacion de mi
nhijo, y así podreis retiraros á vuestra
ncasa, viviendo seguro de que os esti-
nmo, como merecis."

Venid á firmar señora,
y mostrad en este caso
que sois dueña de vos misma.
Por Dios que si nos dexamos
gobernar, siempre seremos
infelices. *Teod.* Ya he firmado.

Lucrec. No estais ahora mas alegre?

Teod. Parece que me he librado
de un peso.... Dices muy bien.
Yo me humillo demasiado.

Lucrec. Y haceis por cierto muy mal.

Voy á llamar un criado
que lleve vuestro villete
al filósofo. Yo aguardo
que pronto se marchará,
y perderá vuestro hermano
las esperanzas. *Teod.* Dispon
lo que quieras: yo en mi quarto
te aguardo con las resultas.

Lucrec. Oh, no es tiempo de dexaros
sola! No dudeis señora
que volveré á acompañaros.

Teod. Mucho te lo estimaré. *vase.*

Lucrec. Ya está despedido Arnaldo,
y mi proyecto comienza
á cumplirse. En fin, triunfamos,
gracias á la necedad
de mi ama, que ha pensado
que lo mismo que sabía
iba en los naypes mirando.

ACTO IV.

*El teatro figura una sala de la casa
de Gerardo. A un lado una mesa, y
sobre ella un par de pistolas. Arnal-
do sentado, y apoyada la cabeza en
la mano. Gerardo junto á el bastidor
dice los primeros versos, y luego
sale Tomasa.*

ESCENA PRIMERA.

Arnaldo, Gerardo, Tomasa.

Ger. Tomasa, Tomasa, pronto.

Tom. (Sale) Allá voy. Jesus qué ruido;

parece que yo soy sorda,
pues sabed que no he tenido
ese defecto. *Ger.* Muy bien;
pero yo tengo ahora mismo
el defecto de traer
mucha gana, y es preciso
que nos dispongais la cena
para los dos. *Tom.* Qué capricho!
Nunca cenais. *Ger.* Pues ahora
quiero hacerlo.

Tom. Y no habeis dicho
palabra. *Ger.* Si llevo ahora
cómo podia decirlo
antes? *Tom.* Graciosa respuesta.
Pero el señor, vuestro amigo,
por qué no me lo advirtió,
y no estarse pensativo
y melancólico? Miren
á qué hora lo han advertido
sin tener en casa nada.

Ger. Vaya, vaya, pocos gritos,
y disponed qualquiera cosa;
con poco hay bastante. *Tom.* Lindo,
eso es decir que no valgo
para nada. *Ger.* Quién lo ha dicho?

Tom. Yo os presentaré una cena
mejor que pensais. Bonito
es mi genio para atarse
por nada. *vase.*

Ger. Me felicito
de que así sea: marchad.

ESCENA II.

Dichos ménos Tomasa.

Ger. Ya por fin querido amigo
estais en mi casa. En ella
espero sereis servido
como en la vuestra. Contad
enteramente conmigo,
y despreciad esas gentes
que acaban de despediros
de la suya. Qué ignorantes!
No saben que por vos mismo
podeis subsistir sin ellos.
Un sabio, un hombre tan digno
de estimacion, no se abate

á mendigar de los ricos
un pasagero favor.

Arn. Querido Gerardo, estimo

tanto esas buenas ofertas,
quanto la opinion que miro
teneis formada de mí.

Yo he bastado, amigo mio,
para vivir por mí solo.

No espero, no necesito
el favor de la opulencia,
ni siento lo que he perdido;

solo siento el paradero
de Alexandro. *Ger.* Sin motivo
os separan de su lado.

Quánto llorará este niño
vuestra salida! *Arn.* Temiendo

que sus llantos y suspiros
no me ofreciesen recursos

para burlar sus designios,
no me permitieron verle

en toda la tarde. *Ger.* Impíos!
Qué tuviesen la crueldad

de negar hasta el alivio
de que os despidieseis de él?

Arn. No amigo, no han permitido
que le vea. *Ger.* Qué injusticia

tan exécrable! Es preciso
que llore mucho Alexandro

quando sepa os ha perdido
para siempre. *Arn.* Le dirán

acaso que yo he salido
á hacer ciertas diligencias,

mas que volveré de fijo
mañana; luego mañana

tendrán tambien prevenido
otro engaño; y finalmente,

el que es dócil y sencillo
se dexará convencer.

Ger. Pobre inocente! Me admiro
cómo esas infames gentes

le llevan al precipicio
con tanta serenidad.

Arn. Oh, amigo, si huviesséis visto
qué baxeas, qué insolencias

en este día he sufrido!
Los criados cuchicheaban

junto á mi quarto... el designio

se dexaba conocer.

Solo miraban sus tiros

á que yo saliese pronto:

ya sus fines se han cumplido.

Ger. Ah, qué gavilla de infames!

Tomad el consejo mio,

y olvidadlos para siempre.

Arn. Distingamos. No he querido

dar paso alguno guiado

á retardar el designio

que formaron. He juzgado

que respetar es debido

el derecho de una madre,

que imagina que ha sabido

lo que se hace, en despedirme,

y de su casa he salido

con dignidad. Mas no puedo,

no puedo, querido amigo,

olvidarme de Alexandro.

Ah, las prendas de este niño,

su corazon generoso,

me daban seguro indicio

de formar de él un gran hombre,

mas la ignorancia y el vicio

le corromperán. *Ger.* Teneis

por ventura algun advitrio

para volver á su lado?

Arn. Cárlos me queda. Le he escrito
mientras vos estabais fuera.

No dudo que á favor mio

hable á su hermana. Siete años,

sí siete años consumidos

en educar á Alexandro

no han de tener tan indigno

premio. Volverá mi amado

á mis brazos? *Ger.* Imagino

que os degradais en pensar

de ese modo. Habiendo visto

que Teodora y sus criados

os maltratan, qué designio

es el vuestro en pretender

ir á su casa. Yo os digo

la verdad, mas si este lance

hubiese sido conmigo,

ántes perdiera la vida

que volver. *Arn.* No contradigo

vuestra opinion. Es muy justo

que uno mire por sí mismo en ciertos casos. Conozco que un insulto decidido despierta nuestro amor propio, y abraza con regocijo el proyecto de venganza. Pero yo quanto he sufrido lo olvido en este momento. Solo á Alexandro no olvido, oygo una voz en mi pecho que dice: *Salva este niño de la ruina que le aguarda.* Ved aquí todo el principio que me obliga á obrar. Desprecio esos viles artificios de una familia insolente. Unos criados indignos de estimacion, no merecen ni aun mi enojo. Si exámino la conducta de su ama, tan solo digna la miro de compasion. El vengarme de ella sería un delirio. Castigaré en Alexandro los errores y extravíos de su necia madre? *Ger.* Bien, mas yo pienso de distinto modo. Digo con franqueza, que mi genio es vengativo como un perro. Por vengarme de esa madre, hasta su hijo sacrificára. Es verdad que el niño queda perdido, pero qué importa? Despues mas cruel será el martirio de Teodora; y sobre todo, qué importa se pierda un niño, y salga despues un hombre, como tantos que hemos visto, que prometian ser mucho, y despues... *Arn.* Querido amigo, qué decís? Cómo, qué importa un niño? Qué, en este siglo hay tantos hombres capaces de tener el nombre digno de hombre? Ah, son tan pocos! Tan pocos, que es un delirio

no sentir el que se pierda uno solo.

Le coge de la mano, y sigue con el mayor entusiasmo.

..... Si el destino os arroja á una isla desierta, en cuyo recinto no se encontrase una planta, y acaso en vuestro bolsillo por casualidad hallaseis un solo grano de trigo, qué esperanzas alhagüenais concibierais? Qué designios tan vastos? En aquel punto mirarais ya todo el sitio lleno de abundantes mieses; cabárais con regocijo la tierra. Echárais en ella aquel grano peregrino, aquel tesoro bastante á sustentar por sí mismo á innumerables familias. Con qué cuidado exquisito prepararíais la tierra atento á ver el principio de salir el tierno vástago. Iríais sin cesar al sitio en que sembrasteis el grano. Le limpiárais advertido de quanto dañar pudiese; en fin, ya le veis nacido: el tiempo pasa, y la espiga se madura. Amigo mio, cada grano de ella es un tesoro que ha nacido de aquel grano. Ya teneis en ese desierto trigo, ya teneis vuestro alimento. No olvideis que habeis debido al grano que ántes hallasteis tan singular beneficio. Así crecía Alexandro á ser en lo sucesivo un hombre capaz de hacer á muchos felices. *Ger.* Digo que teneis mucha razon.

ESCENA III.

Dichos y Tomasa.

Tom. Ya todo está prevenido en la pieza de comer, y ya he enviado á Francisco por los postres. Vaya, vamos, que se enfria. *Ger.* Amigo mío, hagan pausa las tristezas, y cenad con apetito y buen humor. *Arn.* No es posible, pues siempre llevo conmigo *llaman.* mis penas... Pero llamaron.

Tom. Marchad que será Francisco.

Ger. Otra vez llaman, muchos campanillazos.

Tom. Por cierto que traen priesa... Qué ruido! Voy á ver quién es. *Ger.* Extraño este alboroto... Qué miro! Alexandro.

ESCENA IV.

Dichos y Alexandro que abraza á Arnaldo.

Alex. Arnaldo, en fin os encontré. *Arn.* Amado hijo, tú aquí?

Alex. Para no apartarme jamás de vos. Me han salido mis conjeturas. Si vieséis cuántas calles he corrido para encontrar esta casa,

Arn. Ah, cómo con tu cariño me recompensas! Mas, dime, cómo es esto que has venido solo? *Alex.* Como me he escapado de casa. *Arn.* Y te has atrevido á hacerlo? *Alex.* Pasé tres horas sin veros; entretenido de intento por los criados: ya por fin de ellos me libré, subo á buscaros, no os hallo, pregunto, y ninguno miro que me quiera responder donde estais. Por fin, me dixo

Lucrecia que habiais marchado por el caballo que el tío me ofreció: no lo creí, marché al quarto de Domingo, aquel buen viejo que os quiere con extremo, y por lo mismo le aborrecen los demas. Pues éste me dixo: niño, tu ayo se fué para siempre; eché á llorar al oírlo, y aun todavía no creo *llora.* que os veo...

Arn. Alexandro, hijo... *le abraza.*

Ger. Vaya, ya ves á tu ayo, no llores: calla. *Tom.* No he visto niño como él: cuánto quiere á su ayo. *Alex.* Habiendo oido esta noticia, baxé á ver á mi madre. *Arn.* Y qué hizo?

Alex. Decirme que no llorase.

Yo al instante me arrodillo, la pido por vos. Y entónces me riñó. Roberto dixo

que hacía muy mal en sentir vuestra ausencia. Al punto mismo conocí que sin remedio os perdía, é imagino

que os habiais retirado á casa de vuestro amigo.

Con esta idea me escapo, y buscaros determino.

Sabía el nombre de la calle y la casa; pero vino

la noche, y yo me perdí.

Pregunté; pero aturdido

no supe tomar las señas.

Tom. Por el barro del vestido se puede juzgar lo que él

habrá andado.

Alex. En tal conflicto me ocurrió una buena idea. Yo sabía á punto fijo que esta calle cae al norte, así saqué del bolsillo mi brújula, y á la luz de los faroles la miro varias veces: con que ella

ha sido quien me ha traído
á ésta casa. *Ger.* Abrázame,
Alexandro. Tom. Es un prodigio,
Alex. Ayo mío, qué tencis?

Párece estais afligido?
Arn. Oh, qué mezcla de alegría
y penas! *Alex.* Traigo conmigo
quantas alhajas yo tengo
para que podais serviros
de ellas. Vedlas aquí juntas.
*Pone sobre la mesa el pañuelo en que
las trae.*

Ger. No os admirais de un cariño
semejante? *Arn.* No, Gerardo,
de todo esto no me admiro.
La naturaleza es buena
y quanto hace, por lo mismo
es exceleate. Ahora pienso
en otra cosa. Vén hijo,
y escúchame.

Se sienta poniendo junto á sí al niño.

Alex. Qué mandais?

Arn. Sabes que somos amigos
los dos? *Alex.* Y bien que lo sé.

Arn. A la prueba me remito.

Alex. Y qué prueba?

Arn. Escúchame.

No sabes cuánto he sentido
no verte: cuánto he llorado;
y eso sabiendo de fixo
que tú estabas en tu casa
sin tener ningun peligro.
Juzga quanto llorará
tu madre, habiendo tú huido
de tu casa, é ignorando
donde estás. *Alex.* Que me he perdido
juzgará. *Arn.* Y tendrá razon.

Alex. Pues bien: vamos ahora mismo
á consolarla los dos.

Arn. No es posible que contigo
vaya. *Alex.* Pues señor, sin vos,
yo tampoco. *Arn.* Oye, querido.
Yo estimo mucho á mi madre,
y si estando yo contigo
en tu casa me dixesen
que mi madre habia creído
no verme nunca, y llorára

por mi ausencia; yo imagino
que tú al punto me dirias,
dexadme, querido amigo,
id al punto á vuestra casa,
consolad como buen hijo
á vuestra afligida madre.
Esto dirias de fixo:
y si otra cosa dixeses,
te juzgara mi enemigo,
pues me aconsejabas mal.
Mas yo tengo conocido
tu carácter: sé que no eres
capaz de dar tan indigno
consejo. *Alex.* Oh, no!

Arn. Sin embargo,
quieres me porte contigo
de este modo. Ya tú ves
que en esto propio me has dicho
que no crees que te amo.
Sí, Alexandro, y yo te afirmo
me causa mucho dolor
que no creas soy tu amigo.

Alex. Sí señor, sí que lo creo;
pero... *Ger.* No llores querido,
tu Ayo se está chanzando.

Arn. Tomasa, pronto, ahora mismo
Aparte á ella.

haced que traigan un coche.

Tom. Bien cerca está de este sitio
la plazuela... Pero llaman,
sin duda será Francisco
que viene ya con los postres, *vase.*

Alex. Porque estais serio conmigo,
no me quereis ya?

ESCENA V.

*Dichos y Tomasa precedida de un Es-
cribano y Justicia.*

Ger. Qué es esto?

La Justicia... qué designio
es el vuestro? *Esc.* Quién se llama
Arnaldo? *Arn.* Yo. *Esc.* Es este niño
Alexandro? *Alex.* Sí señor.

Esc. Que le lleven dos ministros
á su casa. Y vos, Arnaldo,
venios al punto conmigo.

Ger. Despacio: qué orden es esta?

Arn. No creo que di motivo para un proceder.... Esc. Pues qué, no es suficiente delito robar un niño, engañarle... Oh, ya estamos instruidos de todo... Venid. Arn. Mirad que no he sacado este niño de su casa. Alex. Dice bien, que yo á buscarle he venido.

Arn. Yo probaré que ignoraba que tuviese tal designio.

Esc. Ese descargo dareis en otra parte. Repito que me sigais.

Alex. Aguardad. *con viveza.*

Dónde llevais á mi amigo: dónde le llevais?

Esc. Chiton. *con desprecio.*

Ger. Si es á la cárcel, me obligo á salir por fiador. Alex. A la cárcel?

Esc. Queridito, callad vos. Vamos, Arnaldo.

Alex. No es posible consentirlo. *Vuelve la cabeza, ve las pistolas, coge una, y se pone entre su ojo y el* Escribano, apuntando á éste: *todo muy de prisa.*

Alex. Señor, ó salid de aquí, ú os mato.

Arn. Alexandro! Ger. Niño! *se la quita.*

Alex. Y dexais que se le lleven? Ger. Te digo que todo se compondrá.

Arn. Señor Secretario, os pido no hagais caso de esta accion: es un inocente. Esc. Lindo.

Vaya que la criatura gasta chanzas. Arn. Si instruido estuvieseis del suceso vierais que iba dirigido por su corazon. Ahora no conoce otro principio que gobierne sus acciones sino su pecho sencillo. El sabe bien mi inocencia,

y disculparle es preciso. Tambien lo es que yo obedezca la orden; pero os suplico me lleveis ántes de todo á casa del Juez. Esc. Lo mismo es lo que se me ha mandado.

Arn. Gerardo, vos de este sitio no os apartéis, pues quizás venga Cárlos. Ger. Os afirmo que si no viene, yo iré á buscarle. Arn. Amado hijo, le abraz. á Dios. Alex. Pero volveréis?

Arn. No sé quando. Amigo mio, vé á consolar á tu madre, y á Dios.

Los Ministros los separan, unos acompañan á Alexandro y otros con el Escribano siguen á Arnaldo.

ESCENA VI.

Gerardo y Tomasa: ésta habrá alumbrado á los demas, quedándose junto al bastidor: vuelve á poner la vela sobre la mesa diciendo.

Tom. Señor, qué embolismo es este? Ger. Dos mil demonios que persiguen al mas digno de estimacion. Tom. Yo temblaba que os llevasen los Ministros consigo.

Ger. Hablando verdad, sonriéndose. yo tengo tanto delito

como Arnaldo. Tom. Qué decis de lo que hizo Alexandrito?

Es un niño portentoso. Ger. Un ángel.

Tom. Cómo ha traído

todas sus alhajas. Ger. Sí, devolverlas es preciso

á su madre. Tom. Qué serán sus alhajas? Yo registro

el pañuelo. Un lapizero

de oro... su relox... un libro

en tafilete. Ger. Veamos

qué libro es. Tom. Es muy bonito.

Ger. Fábulas de La Fontaine, y está en un papel escrito,

envuelto... pero qué veo,
firma Roberto... es preciso
leer este papel. *Tom.* Despues
le leereis... Ved que está frio
el asado, y... *Ger.* Qué fortuna!
qué felicidad... Bendito
sea el Señor que lo ha dispuesto.

Corre á buscar su sombrero y baston.

Tom. Qué teneis? qué habeis leído
en ese papel? *Ger.* Mil cosas,
mil cosas. *vase precipitadamente.*

Tom. Se volvió el juicio.

Vaya, que toda esta noche
es un puro laberinto.

ACTO V.

*El teatro figura la misma sala que
sirvió en los tres primeros actos.*

ESCENA PRIMERA.

Teodora, Lucrecia y Roberto.

Luc. Vaya, debeis confesar
que yo adivino.

Teod. Es muy cierto,
siempre para complacerme
adivinas. Vos Roberto,
de cuánto me habeis servido
en este lance. *Rob.* Hize aquello
que el corazon me dictó:
serviros y complaceros
es mi mayor interes.

Teod. Que Alexandro fué siguiendo
á su Ayo? *Rob.* En casa de Gerardo
los halláren juntos. *Luc.* Eso
se dexaba conocer.
Tiene un cariño tan ciego
á ese hombre... *Rob.* Cumplí el encargo
de buscarle, con el zelo
que es propio de mi carácter.
Contentísimo en extremo
por imitar vuestro amor
maternal. Pasé al momento
á casa del Magistrado,
pintándole por extenso

el lance como pasó,
y ponderando el efecto
de la diestra persuasion
de un Ayo, diestro por cierto
en engañar á un incauto
y dócil niño. Corriendo
fué un Escribano á la casa
que señalé, y me prometo
que vuelva pronto Alexandro
á vuestros brazos. *Luc.* Yo creo
que ha parado un coche. *vase.*

Rob. Sí,
el niño viene.

ESCENA II.

Teodora y Gerardo.

Teod. No puedo
explicaros el placer
que con su venida siento.

Rob. Ya se dexa conocer
fácilmente. Vuestro pecho
es en extremo sensible.
En vuestras acciones veo
un no sé que de mas puro,
de mas bello y mas perfecto
que en quantas damas conozco.
Los sublimes sentimientos
del amor materno, en vos
son naturales lo mismo
que es natural á la rosa
el suave perfume. *Teod.* Aprecio
tan fina comparacion
siempre hablais como discreto.

ESCENA III.

*Dichos, Lucrecia, y Alexandro que
corre á abrazar á su madre.*

Luc. Ya viene aquí el desertor.

Alex. Sí, mamá mia: ya vuelvo,
no lloreis mas. Me juzgabais
perdido? *Teod.* Sí: mas no quiero
reñirte. Yo te perdono;
pero conoce tu yerro.
Irte de casa... *Alex.* Temí
que si daba parte de ello
me negaseis la licencia.

36
Teod. Era muy justo el hacerlo.
Alex. Pues siendo así no podía volver á ver á mi Maestro, á mi amigo. *Teod.* Ese cariño con Arnaldo fué muy bueno, quando yo juzgué oportuno que fuese tu Ayo. Mas viendo que le aparto de tu lado debieras en el momento olvidarle. Sí: conoce que ni él te ama, ni quiero que tú le estimes tampoco: lo entiendes?

Alex. Qué estais diciendo?
Qué él no me estima? Es engaño.

Rob. Así faltais al respeto á vuestra mamá. *Alex.* No tal: la respeto y la venero, mas quiero desengañarla, y si yo callo me temo que nadie la desengañe. Mamá, yo en mi vida puedo no ser amigo de Arnaldo, ni él puede dexar de serlo mio tampoco. Si vieseis quanto los dos por no vernos hemos llorado! Mamá, tened piedad de mis ruegos, haced que vuelva mi amigo á vuestra casa.

Vá llorando á sentarse, y tapándose la cara con el pañuelo.

Luc. A lo ménos le instruyó perfectamente su Ayo. *Rob.* Se está conociendo que repite la leccion que le enseñaron. *Teod.* Yo creo lo mismo, mas sin embargo.

Luc. Llorais?... qué bondad! *Rob.* En eso demuestra quanto es sensible su corazon. *Luc.* Yo secele no seais tan débil que...

Rob. Oh, no!
Vuestra ama tiene talento y sabrá bien conocer esta farsa. *Alex.* Mamá, es cierto que consentiréis que vuelva

á casa? Si no podemos vernos, vereis que morimos de pena los dos. *Teod.* Silencio: tu madre sabe muy bien lo que ha de hacer. Sé discreto, y obedece resignado si amaste con tanto extremo á ese Ayo: amarás lo mismo á otro. *Alex.* No puede ser eso: no quiero otro Ayo.

Con viveza y alzando la voz.

Luc. Que bien hace el papel. *Rob.* Ese mismo grifo manifiesta el todo de la intriga. *Alex.* No, no quiero otro Ayo. Arnaldo no mas ha de ser siempre mi maestro. Si vieseis quanto me quiere! Ni aun el gusto mas pequeño sabe negarme. Responde á todo quanto deseo saber, con una dulzura, con un cariño... No puedo querer jamás á otro Ayo nunca, nunca. Vos, Roberto, que teneis buen corazon, pedid por él... yo os lo ruego. Si os separasen de Juan lo sentiriais? *Rob.* Es cierto, y así... *Alex.* Lo hareis, no es verdad? Haz tú Lucrecia lo mesmo: pide á mamá que al instante le envíe á llamar: sea presto. Está llorando por mí. Solo quien fuese un perverso no tendria compasion de su dolor. *Luc.* Conteneos, y no lloreis de ese modo. Acordaos que habeis hecho una falta muy notable en huiros, exponiendo á vuestra mamá á sentir vuestra fuga. Esto es muy feo, y merece con razon que se dilate algun tiempo daros gusto. Pasará el enojo, y ya verémos

que se compongan las cosas.

Alex. Pero pedireis de cierto por Arnaldo? *Luc.* Sí.

Alex. Quando? hoy, hoy mismo? *Luc.* Si acaso encuentro proporcion hoy será... Vamos, os llevaré al quarto vuestro, pero encargo la prudencia.

Alex. Yo haré quanto quieran.

Lucrecia se le lleva, y él vuelve sin cesar á mirar á su madre.

Luc. Presto, vamos, que mamá se enfada de verós llorar. *Alex.* Lo siento, mas no puedo contenerme. *vanse.*

ESCENA IV.

Roberto y Teodora.

Rob. Señora, ved el efecto de esta intriga: es necesario que yo atropelle los riesgos, y ceda á vuestro interés mi amor propio. Bien comprehendo que tratándose de ser mi hermano quien venga al puesto de Arnaldo, debo callar hasta que vuestro precepto me obligue á hablar. Sin embargo, hallo, señora, que el riesgo insta de veras, y así es necesario el remedio.

Teod. Bien decís, muy necesario.

Rob. El bálsamo del consuelo debe aplicarse á la herida de ese inocentito pecho, y ha de ser sin dilacion, siendo preciso para ello una mano que sea diestra, un hombre de gran talento: ó yo me engaño ó mi hermano es el único sugeto que vá á lograr el cariño de Alexandro. Vereis presto que él le sabe cautivar con su cariño y su esmero en distraerle. Ese niño

necesita en el momento quien le disipe la idea de Arnaldo.

Luc. Juzgo lo mesmo que vos. Escribid al punto á vuestro hermano. *Rob.* Yo espero que no tardará en venir á serviros. *Teod.* Y yo cuento todas esas diligencias como otros tantos consuelos que dais á mi corazon.

Rob. Mientras viene, no debemos descuidarnos de que olvide Alexandro á su maestro. Pero esto lo hará Lucrecia perfectamente, pues creo que es muger de mucho juicio.

Teod. Es cierto tiene talento, y se interesa en mis cosas.

Rob. Con la experiencia que tengo del mundo jamás me engaño, y aseguro que su zelo me admira. Es una criada que os quiere con el extremo de amiga, y que por lo propio es muy digna del aprecio con que la mirais. *Teod.* La doy mi confianza, y me puedo lisonjear de hacerlo así.

ESCENA V.

Dichos y Lucrecia.

Luc. Vuestro hermano viene.

Teod. Siento su visita inesperada.

Amigos míos, yo os ruego no me abandonéis. Querrá volverme á afligir de nuevo con ásperas reprehensiones.

Luc. Dexad por Dios ese miedo, y hacedle ver que sois dueña de vuestra casa. Si un tiempo mandó él, hicisteis mal. Mandad vos, será bien hecho. No temais tanto sus gritos, son voces que lleva el viento: si grita, gritad tambien,

y si quereis gritáremos
todos juntos: no hay euidado.

Teod. Ayúdame, y vos Roberto,
sed á mi favor. *Rob.* Señora,
tan solo por complaceros
le haré ver vuestra razon.

Luc. Pues vaya, perded el miedo,
que somos tres contra uno.

ESCENA VI.

Dichos y Cárlos.

Carl. Hermana, yo vuelvo
al abordage, y presumo,
segun la gana con que entro
en la batalla, que ahora
echo á pique por entero
las naves contrarias. *Teod.* Cárlos,
sia que hables palabra entiendo
lo que me quieres decir;
pero ante todo te advierto,
que aunque te amo como hermano,
no debes ser indiscreto.

Cesa ya de aconsejarme,
pues ni sigo tus consejos
ni los escucho con gusto.
Yo sé qual es mi proyecto,
y sé que debo seguirle.

Carl. Caramba, amiga! te has hecho
fuerte. *Luc.* Pues aun tiene mucho
que decir. Hace ya tiempo
que mi ama sabe que sois
un censor el mas molesto
de sus acciones. Esto es
lo que decia ahora mesmo.

Carl. Eso decia mi hermana?

Rob. Con efecto, y atendiendo
que la escuela verdadera
de una madre de talento
es su propio corazon.
La naturaleza ha puesto
allí las reglas que debe
seguir, y ajenos consejos
siempre son inoportunos,
y habrán de ser mas molestos
quando se dan sin pedirlos.

Carl. Teodora dixo todo eso?

Luc. Y mucho mas todavía.

Carl. Y mucho mas? *Luc.* Por exemplo,
que vos sois un buen marino,
y por lo mismo muy diestro
en las cosas de la mar,
mas que buscar un sugeto
para Ayo de su hijo,
es asunto muy diverso.

Carl. Ola, ola *Rob.* Tambien dixo,
que si es absoluto dueño
de un Navío, el Capitan
debe ser por esto mesmo
cada uno dueño en su casa.

Carl. Y dixo mas? *Luc.* No me acuerdo.

Carl. Muy bien. Pues en ese mar,
y en ese navío mesmo,

Vá encolerizándose por grados.

ya que el furor de las olas
me arroja hasta el infierno,
ó ya fuese que la calma
me obligase á estarme quieto
exerciendo la paciencia,
que es en casos como estos
el recurso de un marino.

Jamás juro por los cielos,
me acuerdo de haber tenido
tanta como la que tengo;
pero voto vá... el instante
que se me acabe... *Teod.* De nuevo
vuelves al tono que sueles,
yo darte lugar no quiero
á que acabes... me retiro
á mi quarto. *Carl.* Quedo, quedo,
que reviraré de bordo
si te vas á tu aposento.

Voy á probarte, que se
vencer mi maldito genio,
y que te engañaste mucho
no conociendo el intento
de mi venida. Es verdad,
que á pesar de mis consejos,
Arnaldo fué despedido.

Tus razones para hacerlo
habrás tenido sin duda.

Mi sobrino está sintiendo
que le aparten de un Ayo
que le amaba con extremo,

y en quien tenia un amigo,
y al mismo tiempo un buen maestro.
Pero esto no importa nada;
el niño es un mocosuelo
de quien no se ha de hacer caso.
Tú eres madre de talento:
eres muger que calculas,
y fué excente y muy bueno
todo lo que executaste.
Ya miras como lo apruebo
muy léjos de criticarlo.

Teod. Que te chanzas comprehendo.

Carl. No tengo tal intencion,
ni he sido nunca chanzero.
Vamos ahora á lo que vine.
Sé que hay mugeres de ingenio
que saben adivinar,
y muchas, tú por exemplo,
las consultan en sus dudas.
Yo acabo en este momento
de tener un lancecillo,
y espero me des consejo.

Teod. Qué dices, hablas de veras?

Carl. Voy á contar por extenso
todo el lance. En una casa
que me interesa en extremo,
hay dos pícaros bribones
que habian formado el proyecto
de perder una familia,
que es respetable por cierto.
Solo deseo saber
si debo guardar silencio
en este asunto, ó tirar
por un balcon los sugetos
que tienen tan depravada
intencion. Vamos Roberto,
qué me aconsejáis?

Rob. Yo?... *Carl.* Sí.

Rob. Por mi vida que no acierto
á responder. *Carl.* Di Lucrecia
lo que te parece. *Luc.* Entiendo
yo muy poco de ese asunto.

Carl. A la verdad el remedio
es urgente, y por lo mismo
conviene partir de presto.
En mi vida yo me estoy
en inaccion, y comienzo

cruzando á un bribon la cara.

Luc. y Rob. Señor.

Cárlos alza el baston para dar á Roberto. Teodora le detiene.

Teod. Hermano...

Carl. Ah perversos!

Vosotros sois los que digo.

Teod. Cárlos, has perdido el seso?

Carl. La carta de este bribon
te declarará el suceso.

Rob. Mi carta, Lucrecia! *ap. los dos.*

Luc. Ay Dios!

Carl. Lee Teodora, el mas horrendo
artificio.

Lucrecia quiere quitar la carta.

Luc. No leais.

Carl. Si tienes atrevimiento
Amenazándola y apartándola.

de dar un paso, te rompo
la cabeza. Llegó el tiempo
de conocer vuestra intriga.

Ola, Arnaldo...

Teod. Cómo es esto?

Arnaldo está aquí?

Carl. Conmigo
ha venido.

Luc. Procuremos *ap. á Roberto.*
escapar á toda priesa.

Al entrar Arnaldo ellos huyen.

ESCENA VII.

Teodora, Cárlos, Arnaldo y Gerardo.
Teodora manifestando su despecho se
sienta en una silla, volviendo la es-
palda á la puerta.

Carl. Te sientas, eso es bien hecho,
pero has de leer esa carta
que le escribia Roberto
á su hermano. Mira en ella

Mientras ella lee para sí
á quanto llega el exceso
de la infamia. Amigos mios, á los dos.
ya hemos entrado en el puerto,
con que viva la alegría.
Gerardo, traed corriendo
á mi sobrino. *Ger.* Al instante. *vase.*

ESCENA VIII.

Dichos, ménos Gerardo.
Carl. Figuraos qué contento
 será el suyo quando os vea.
 Veneremos los decretos
 de la sabia Providencia,
 que por tan extraño medio
 como es el forro de un libro,
 nos puso de manifesto
 la trama de esos bribones,
 y deshizo su proyecto.

ESCENA ULTIMA.

*Dichos, y Gerardo trayendo de la
 mano á Alexandro.*

Ger. No te engaño, aquí está Arnaldo,
 mírale. *Alex.* Querido maestro?

Arn. Hijo mio!

Le abraza y permanecen abrazados.
Teodora acaba de leer y exclama.

Teod. Ay Dios, qué horror!
 qué perfidia! *Carl.* Compadezco
 el chasco que te has llevado.
 Abrazame y olvidemos
 este lance. Quitá allá
 esa carta: si algun tiempo
 viniesen aduladores
 á tu casa, será bueno
 que leas ese villete.

*Vuelve con alegría á mirar á Ale-
 xandro.*

Alexandro, estás contento?

Alex. Tio... Mamá.

Teod. Amado hijo. *abrazándole.*

Carl. Vaya, gracias á los cielos
 que con tantas maniobras
 no pudieron los perversos

echar á pique mi nave.
*Vuelve á mirar donde están, y no
 viéndolos dice:*

A dónde están? Ola, huyéron
 sin hablar palabra! Lindo
 de bribones como ellos:
 hasta la misma verguenza
 es despreciable, yo os ruego,
 amigos mios, que al punto
 quanto ha pasado olvidemos.
 Despues de la tempestad
 mira alegre el Marinero
 la bonanza, y se divierte
 cantando; lo mismo harémos
 nosotros, pues que vencimos,
 Arnaldo, en amaneciendo
 os volvereis á la aldea
 con mi sobrino. Yo quiero
 que echeis el áncora en ella.
 Si Teodora en algun tiempo
 quiere ver á su hijo... *Teod.* Aguárda:
 desde este instante resuelvo
 no apartarme de mi hijo
 ni de su apreciable Maestro,
 á quien pido que disculpe
 mi proceder indiscreto.

Arn. Señora, me confundis.
 Estad cierta que os respeto,
 y me sacrificaré
 por serviros. *Carl.* Yo lo creo,
 porque es un hombre de bien.
 Querida Teodora, apruebo
 esa determinacion.

Alex. Mamá viene, qué contento.

Carl. Señores, es tarde: vamos
 á cenar y descansemos
 de la borrasca pasada.
 En la mesa brindarémos
 por nuestra felicidad,
 y dormiremos contentos.

FIN.